

La Ilustración Sud-Americana

AÑO VII

PERIODICO ILUSTRADO DE LAS REPUBLICAS SUD-AMERICANAS

N.º 147

DIRECTOR GENERAL:
RAFAEL J. CONTELL
La correspondencia a nombre del director

BUENOS AIRES, FEBRERO 1.º DE 1899

REDACTOR EN JEFE:
RAMON M. DE IRIBAS
Los originales no se devuelven



BRIGADIER GENERAL D. JUSTO JOSÉ DE URQUIZA

LA ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA

PERIÓDICO ILUSTRADO

DE LAS

REPÚBLICAS SUD-AMERICANAS

FUNDADO EN 1892

EL MÁS PERFECTO EN TODO SUD-AMÉRICA

EDICIÓN ARGENTINA

24 PÁGINAS

APARECE LOS DÍAS 1.º Y 16 DE CADA MES

EDICIÓN URUGUAYA

24 PÁGINAS

APARECE EN MONTEVIDEO LOS DÍAS 5 Y 20 DE CADA MES

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

CAPITAL:

INTERIOR:

Año.....	\$ m/n. 18.—	Año.....	\$ m/n. 20.—
Semestre.....	9.—	Semestre.....	10.—
Trimestre.....	5.—	Trimestre.....	5.50

EXTERIOR: Año..... \$ oro 9.—

Número suelto: \$ 1.25 m/n. * Número atrasado: \$ 1.50 m/n

TOMOS ENCUADERNADOS

D. LOS AÑOS 1893, 1894, 1895, 1896, 1897 Y 1898

\$ m/n. 30 cada uno

COSAS Y QUISICOSAS

La hipóbole, ese «calor» de la idea, dilata los conceptos y extiende sus fronteras hasta los límites más expresivos del pensamiento: y así ha guiado por el *mentidero* de la plaza pública, todas las fantasías de los apasionados que *saben* dimitir en breves conferencias de corrillo, todos los problemas de la «cuestión boliviana» y todos los absurdos de «la política uruguaya».

Sólo sabemos de la primera, si es que no mienten las «informaciones interesadas», que todo cuanto constituye la intelectualidad del país boliviano, en letras, ciencia y política, está, en su mayoría, con el presidente señor Fernández Alonso, mientras que la revolución federativa, limitada al recinto fortificado de La Paz, ni tiene arraigo en la vecina república, ni promete amplio despliegue, ni graves consecuencias. ¡Dejemos, sin embargo, al tiempo, que él nos descubra todos los velos y misterios de aquella política agitada!

No pasa así al otro lado del gran estuario platense, a juzgar por cuanto nos dicen las «noticias» y noticiones de vecindad, ampulosamente comentadas y no menos enfáticamente combatidas por los opositores de la idea revolucionaria. No quitamos ni ponemos rey, y «la historia de estos sucesos» en su día, nos explicará los enigmas que envuelven la política de nuestros hermanos uruguayos. Y hagamos votos sinceros y honradísimos por la concordia y la unión de todos los elementos de ambos países que, en el progresivo camino de la civilización, tiene anchísima esfera en que desarrollar las brillantes aptitudes de sus hijos.

**

Ecós de las fiestas de pueblos y balnearios de moda; rápidas noticias sobre disposiciones ministeriales, con carácter «incisivo» que el ocio del verano aguja en las fraguas de la maledicencia, y el eterno cantar de las *chicharras* judiciales, aprovechando la «feria» de los tribunales, aportan escasos elementos al cronista y parecen señalar punto de partida a la holganza general, preceptuada por los higienistas y aconsejada por la innata predisposición humana al *dolce far niente*.

Hasta la «fiesta del trabajo», como dió en llamar a nuestra Exposición Nacional un publicista de inventiva original, termina su *odisea*, y cierra sus puertas en estos días, después de una brillante clausura oficial, que los diarios anuncian con multitud de detalles: de este *juicio* despréndese que *aquellos* coronará dignamente la larga serie de atractivos que desde el mes de Octubre nos ha ofrecido la comisión del Patronato de la Infancia, presentando además, a propios y extraños, muestra patente de nuestras «fuerzas industriales, agrícolas y comerciales», que dicen más al vulgo profano, que las estadísticas, los folletos y los estudios, que ni se leen ni se hojean tan siquiera, y *viven* durmiendo pacífico sueño, en empolvados archivos y bibliotecas, que algún historiador futuro revolverá con cariñosa solicitud en lo futuro.

**

Pero, resumiendo en breves términos nuestra impresión general, justo es consignar que, en la Exposición Nacional se han expuesto productos industriales que, por la delicadeza del trabajo ejecutado, su inmejorable calidad y su *estética*

presentación, anuncian nuestro adelanto fabril y predican nuestro futuro venero de progreso y adelantos.

No todo ello es superior, ni original, es cierto: debemos confesar que no podemos bastarnos a nosotros mismos con lo producido por nuestra industria nacional; pero también es innegable que lo conseguiremos en pocos años si el gobierno toma verdadero empeño en «proteger» (dulcificado el término para que pase en rigorismo técnico de «Economía política») esa rama de nuestra riqueza pública.

Algo más que el gobierno puede hacer el mismo pueblo argentino en favor de su propia industria, y así conseguiría mayores beneficios y mayor suma de ventajas, con sólo abandonar de una vez la absurda idea de que lo producido en el país es de mala calidad por sólo el hecho de ser producto nacional, posponiéndolo como generalmente lo hace, a sus similares, sólo porque se le presentan éstos con marcas de fábricas europeas.

Con ese proceder, el público inconscientemente aplasta y anula nuestra producción y da lugar a que se le mistifique, porque si algo bueno se elabora en el país, no se expende como producto *de aquí*, porque con ponerle en las marcas las palabras «Londres» ó «Paris», puede venderse a mejor precio y con menor *réclame*.

Es necesario é imprescindible el iniciar de una vez «una reacción vigorosa»: esto es obra de todos, altos y chicos, pobres y potentados; acción colectiva é individual, que sepa estimar más lo fabricado «en casa» aún a riesgo de pequeños sacrificios de gusto, y *embonpoint* que nos llevarán en bien corta fecha a la verdadera (en lo posible) independencia del mundo fabril europeo.

Pero, sin tocar los extremos,

unas veces por mucho
y otras por poco

no sea que, olvidándonos de tratados comerciales y demás armas de «guerra económica» caigamos en la intransigencia de los tiempos del para unos justiciero y para otros neurótico tirano don Juan Manuel de Rozas.

En conclusión: la Exposición industrial, que se clausurará el 2 del corriente, no ha sido una exhibición estéril; antes por el contrario, sus resultados han sido beneficiosos, y debemos felicitarnos de ese torneo que *presenta* fuerzas y *cuenta* elementos de prosperidad indudable para el porvenir.

**

Después, es decir, ahora que es tiempo de maduro examen de «lo pasado», hay que estudiar esos elementos, encauzarlos, someterlos a franca línea directora, impulsando sin rutinas ni prejuicios su progresista marcha, para evitar *retardos*, por no llamarlos de otra manera, que en nuestras dos fuentes de riqueza principal, la ganadería y la agricultura, hanse notado hace ya largo tiempo: comentadas en detallada exposición, y refiriéndose a la provincia de Buenos Aires, el ilustrado ingeniero don Francisco Seguí, en la «Investigación parlamentaria» ordenada por la Cámara de Diputados.

Dice así, al ocuparse de las «Condiciones generales de la producción»:

«Las principales riquezas, la agricultura y la ganadería, quedaban para recibir los golpes, a tal punto, que si así seguimos, el problema de la colocación de nuestra producción asumirá caracteres de la más gran trascendencia para nosotros, que deben, desde luego, preocupar a los poderes públicos.

Pero ¿cuál auxilio tiene la producción de la provincia de Buenos Aires?

Bancos que faciliten el crédito no existen; legislación que la favorezca, no hay, ni nacional ni provincial, pero no solamente no hay legislación que la favorezca protegiéndola moral ó materialmente, sino que tampoco hay leyes ni procedimientos que la guíen, la salven y la alienten. Marchan solas, y así marchan en confusión, no teniendo aún una noción clara de lo que nos conviene más; ni los males evidentes tienen una acción correctiva.

Las grandes plagas, ya sean transitorias como la langosta, que jamás estuvo destruyendo tan largo periodo, ya sean permanentes como la sarna, apenas si aquéllas preocupan un momento cada año, cuando la catástrofe se produce en los arrabales de las capitales; mientras la sarna causa tantos ó más perjuicios a la producción con su permanencia incommovible. La lucha de los particulares progresistas, es hoy impotente para vencer el mal y es el caso llegado de los procedimientos enérgicos como los australianos, ya que tenemos hasta el ejemplo para seguirlo con las facilidades de un medio análogo.

No es tan halagüeña, pues, la situación de la producción de la provincia de Buenos Aires, y los detalles que se encontrarán más adelante, en las contestaciones a las preguntas del cuestionario y aún al tratar las condiciones especiales de cada una de las dos grandes producciones, ratificarán absolutamente lo expuesto.

Parecería, sin embargo, que todo se esperara de la acción del estado, pero sería injusto apreciarlo así, cuando tanto ha hecho la acción particular y cuando solamente se reclama la acción social

conveniente, á que están obligados los poderes que la ejercitan.

Se aspira únicamente á que desempeñe su rol tutelar en lo que le corresponde, una vez que los gobiernos, sin ninguna intervención en el desarrollo de la producción aún en la forma que se presenta—nos referimos á ganadería y agricultura—han hecho gala, como resultados de sus medidas de previsión, de las cifras portentosas, cargando todas á su haber de bienes al país, en tanto el pasivo de errores y desastres de esa misma producción no era conocido, no era estudiado, queremos creerlo, para no decir que se silenciaba cuidadosamente, evitando comparaciones que nos dieran la clara noción de nuestro verdadero adelanto.

Mientras tanto, no puede negarse que el *volumen* de esa producción ocupa un lugar muy importante: ¿desde cuándo figura nuestra producción, especialmente la agrícola, en el cómputo general de la producción universal, con cifras que estudian los economistas de los países que marchan á la cabeza de la civilización?

No hace mucho tiempo que ha nacido esta preocupación de la Argentina en los mercados productores y consumidores, y esta preocupación nos impone más y más cada día, la obligación de mantenerla en forma tal, que esta producción no sea solamente de masas colosales de productos defectuosos y baratos, que están empobreciendo las tierras y los medios de explotación, sino que sea la resultante de procedimientos para obtener la *calidad*, que algunas veces, muy pocas, tanto se ha celebrado en ciertos productos cultivados en esa buena indole y cosechados en puntos conocidos de la provincia, obteniéndose precios que han debido servir de estímulo.

Si se habla técnicamente, la producción de hoy es perjudicada por graves errores; pues no está en relación con la feracidad de la tierra, con el capital que se emplea, con los gastos que impone; con las contingencias de las acciones naturales; con la cantidad de producción, con arreglo al lugar del cultivo, ni con las nociones elementales de explotación que requiere un cultivo para producir mejor.»

**

Más pudiéramos extendernos en este capítulo de interesantes consideraciones, analizando otro libro (Anexo C) en que estudiando el señor Florencio T. Molinas, todos los problemas idénticos al del antes citado trabajo, en las provincias de Santa Fe, Chaco y Formosa, recoge observaciones atinadas, concreta soluciones, investiga remedios y desaciertos y hace una *labor máxima* digna de los mayores elogios, y en la que ambos ilustrados comisionados con el señor Antonio M. Correa que estudia en otra obra las provincias de Santiago del Estero y Tucumán, justifican el acierto de sus observaciones y la tarea improba que les fué encomendada.

Y no resistimos, al notar la tendencia, especialmente en la provincia bonaerense, de «acaparar en pocas manos» cuantiosos elementos de riqueza de *recordar algo de otros tiempos*, de aquellos en que la crónica política y literaria de Buenos Aires que trasuntaba las ideas de Rivadavia, decía:

«Los desórdenes de que tanto se quejaban en Francia antes de la Revolución, los males que aquejan hoy á la Irlanda, no tienen otro origen que la acumulación de la propiedad territorial; y seríamos culpables á los ojos de los contemporáneos y de la posteridad, si descuidásemos desde muy temprano las medidas eficaces para preservarnos de semejante azote. El solo basta á paralizar el impulso productor de un país, cualquiera que sea, por otra parte, la sabiduría de sus instituciones. Todas ellas caerían sucesivamente; porque la facilidad de monopolizar las tierras formaría, desde luego, una clase privilegiada, que abusaría de su posición para romper el equilibrio en que estriba la estabilidad de una República. Así se abrirá la puerta de una aristocracia fincada, tanto más temible cuanto que su propensión natural es apoderarse de los manantiales de la riqueza del país, desde el seno de la ociosidad y de la corrupción.»

**

Sin otro carácter que «una disposición edilicia» que coincide con famosa fecha y aniversario, del término de una tiranía, se derrumbará lo que fué casa del «tirano» Rozas. Las lenguas y las plumas, sueltas, prepáranse con anticipación, á cómicos é históricos comentarios.

Hagamos el nuestro, copiando un dicho de la calle:

—¿Por que se llamaba la «tapera de Rozas»?

—Por lo que se tapaba.

—Y cuando no exista eso... ¿quién tapará lo que no se sabe?

—Pues... los comentaristas de nuestra fantástica historia. ¡Hasta que se escriba la verdad!

MARINO BRAIS.



EN LA BAHIA DE RIO JANEIRO



MIENTRAS todos, resplandecientes por la alegría del retorno, íbamos á descender al vaporcito que debía conducirnos al piróscapo, acercóse á la comitiva un aldeano, como de cincuenta años, alto y pálido, que caminaba con fatiga, llevando un envoltorio de trapos bajo el brazo. Era un emigrado lombardo; uno de tantos desgraciados que los médicos de los buques rechazan para no tener un muerto á bordo durante la travesía del Océano; estaba gravemente enfermo, y le habían rechazado también, porque reinando en Río Janeiro la fiebre amarilla, se usaba mayor rigor que el de costumbre.

Preguntó por el comandante, que estaba entre nosotros: se lo señalamos; se le acercó con el sombrero en la mano. Tenía los ojos hundidos, uno de esos rostros de aldeano, sufridos y fieros, que inspiran mayor compasión que los otros, cuando se les ve suplicar, porque se comprende cuando han debido y deben sufrir para llegar á ese estado. Pedía que se le recibiera á bordo. Venía del interior del Brasil, estaba concluido por un viaje larguísimo y penoso, y quería volver á la patria; no lo decía, pero se comprendía que quería partir á toda costa esa tarde, porque sentía que sus días eran contados.

El comandante le respondió que no.

El aldeano se golpeó la frente con la mano.

Después, empezó á rogar con voz trémula, hablando rápidamente.

—Déjeme partir, señor comandante, déjeme partir. Póngame donde quiera. Enciérrame si le parece. *Pago el doble.* Cuando digo que me encierren! Arrójennme al mar, si ven que va mal. Tengo necesidad de partir. Tengo mi familia allá, que me espera; los chiquillos. *El doble pago, el doble.* Se lo pido por amor de Dios.

En seguida, con una explosión de voz: «¡No diga que no! No diga que no!»

El comandante sacudió las espaldas con sentimiento, pero resuelto, saltó en la lancha.

Entonces el aldeano se acercó á otro del grupo, con voz afanosa, con el rostro y el acento de un hombre aterrado:

—Me recomiendo á usted, señor. Háblele usted al comandante. Tengo mi familia. Haga esta obra de caridad. No estoy tan mal. *Pago lo que quieran.* ¿Es porque me ven pálido? No estoy tan mal. Diga una palabra. Recomiéndeme, le ruego no me abandone por el amor de Dios, tengo necesidad de volver á mi país; le he dicho por el amor de Dios!

El rogado le dijo alguna palabra de aliento, le aconsejó que se resignase, que era imposible, y saltó en la lancha él también.

El aldeano saltó detrás de él, y se agarró del consuel, tomándole por la ropa, asediándole con palabras inconexas, referentes á su vida y á sus sufrimientos. Se hallaba en el Brasil, hacia ya cuatro años, no tenía allí parientes y se sentía mal de algún tiempo. Quería ir á cerrar los ojos en su país, en medio de los suyos. Perder la salida de aquel día, significaba la muerte en tierra extranjera, morir solo, abandonado, desesperado. Y hablaba, rogaba, con voz de súplica, haciendo actos cariñosos, juntando las manos como podía, é interrogando ora á uno, ora á otro, con una mirada que desgarraba el alma.

Todos se volvieron al comandante. ¿Estaba obligado de veras á rechazarlo? ¿No era posible hacer una excepción?

Aquel rudo hombre de mar debió contener la voz para contestar:

—«No»—dijo con un esfuerzo, y volvió el rostro hacia otra parte.

El aldeano fué empujado por un marinero sobre la escalera de embarque y la lancha comenzó á moverse. Aquel continuó rogando, hablando precipitadamente, golpeando la mano sobre el pecho, como para probar que todavía era fuerte, y repitiendo: «¡No moriré!» «¡No moriré!» «Déjeme partir por amor de Dios! ¡Les juro que no moriré!»

Pero ninguno de nosotros osaba ya mirarle. La lancha se alejaba. Oímos todavía una vez aquellas desoladas palabras, lanzadas como un grito de angustia y de rabia:—«¡No moriré!»—y después no oímos ya nada.

Todos callaban, entristecidos por aquella escena, y miraban en torno. La barca resbalaba rapidísima sobre las aguas claras, y la bahía maravillosa de Río Janeiro se desplegaba delante de nosotros: aquellos altos picos en forma de montañas lunares, aquellos montes poblados de reinas y emperadores de la vegetación, aquellos bosques desgredados, aquellas rocas aéreas, aquellos golfos enaguinaldados de jardines, aquellas islas coronadas de palmas, todo aquel anfiteatro inmenso, desordenado, extraño, tan grande, que la fantasía se pierde, tan bello, que provoca casi la tristeza. Nos pareció llegar demasiado pronto al piróscapo, que ya humeaba, y apenas subimos, nos pusimos al parapeto, en medio de los otros mil pasajeros, á contemplar la bahía, «el arco triunfal de Améri-

ca». Algunos amigos de Río Janeiro habían quedado abajo en el vaporcito, que llevaba á proa la bandera italiana. Permanecimos así no sé cuánto tiempo. El sol se ponía, el cielo estaba todo rosado, la bahía rosada, las grandes rocas cónicas parecían de coral; sobre el horizonte del Océano se alargaba una hilera de nubes bermejas. Ya empezaba á estallar alegre la conversación entre nosotros y los amigos de abajo, cuando una voz dolorosa, —sinistra, —desolante, —aquella voz— llegó improvisadamente á nuestro oído:

—«Déjenme partir! ¡Tengo la familia! ¡Pago el doble! ¡No moriré! ¡Se lo ruego por el amor de Dios!»

Apenas nosotros partimos, él se había arrojado en el bote de un negro, que lo había llevado allá en menos de una hora, desplegando la fuerza de cuatro.

El comandante, desde lo alto del puente de mando, le respondía con una señal de cabeza:—Es imposible.

Entre tanto, aquél había empujado delante su bote en medio de los otros. Y aferrado á la cadena de la escalera principal, donde un marinero le impedía el paso, continuaba rogando afanosamente, ora mirando arriba hacia el capitán y hacia nosotros, ora hacia los amigos del vaporcito, cuya bandera le pendía sobre un hombro; y juntaba las manos, abrazaba las piernas al marinero, besaba la bandera, señalaba el cielo, esparcía un torrente de palabras casi fuera de sí:—«Mi país, mi familia, mis chiquillos, por piedad, no moriré»; —con la voz ronca, con los lamentos de un niño, con la mirada de un moribundo, con los gestos de un loco...

Del puente de mando tronó un grito:—«arriba la escalera!»

Las cadenas crugieron, la escalera se alzó; el desgraciado, empujado por el marinero, volvió á caer sentado en medio del bote.

Y estalló en una risotada más dolorosa y más lúgubre que una desesperada explosión de llanto. Poco después, oyóse el silbido de la partida.

Entre tanto, desde el parapeto de tercera clase le gritaban:

—«Coraje, buen hombre, partiréis cuando estéis mejor.—Hay otro vapor dentro de quince días».

Y alguna voz perversa le decía:—«¡Púrgate! ¡Vuelve á pasar mañana!»

Pero él, vuelto otra vez á su aspecto sombrío, parecía no comprender ya nada, y miraba á unos y otros con grande estupor. El buque se movió.

Entonces se levantó de pie con ímpetu, y extendió el puño hacia el puente, en actitud de arrojar una horrenda maldición.

En seguida, cayó de golpe en el bote, con el rostro entre las manos, y rompió á sollozar como un niño.

Estaba ya lejos de nosotros, y le veíamos todavía sacudir las espaldas con un movimiento convulso, veíamos todavía con el corazón apretado allá en medio de la bahía, aquel inmenso dolor sin esperanza, á cuyo alrededor sonreía toda aquella inmensa belleza sin piedad. Después de cinco minutos no era más que un punto negro en medio de las aguas color de rosa.

EDMUNDO DE AMICIS.

(Traducción de L. B.).



LUCTUOSA

Fué una noche,

fué una noche de tristezas... y era un sueño.

En la angustia del crepúsculo, en la angustia dolorosa del crepúsculo, á lo lejos, daban dobles las campanas, lentos, graves, y la lluvia repicaba tristemente sobre el techo.

Modulaba en las persianas un gemido, un gemido largo el cierzo;

y en la alcoba,

en la alcoba, que era cámara mortuoria, sobre el lecho, se veía—todo pálido en la nieve de las sábanas, todo rígido—tu cuerpo.

En un ángulo del muro, destacándose en la sombra, el gran Cristo de alabastro se doblaba macilento.

Altos cirios, con sus flamas amarillas agitadas por el cierzo, vagamente te alumbraban, vagamente te alumbraban con fantásticos reflejos!

Yo, muy cerca,

desde el borde de tu lecho, te miraba... y en lo íntimo,

como nieve y como fuego,

el torrente de mis lágrimas desbordábase en silencio!

Y mi mano temblorosa, se enlazaba con tu mano, se enlazaba con tu mano, dura y fría como el hielo!

y en tu rostro,

—lírio mustio congelado por la escarcha del (invierno,—

puse el llanto de mis ojos,

la congoja de mi aliento!..

Y de pronto

tus pupilas, negros soles apagados se encendieron,

animóse tu semblante

y tus labios entreabiertos,

«¡no me olvides!», sollozando,

«¡no me olvides!»—me dijeron.

Y de nuevo te quedaste muda y rígida, muda y rígida en la nieve de las sábanas del lecho, mientras lejos las campanas daban dobles lentos,

modulaba en las persianas un gemido (graves; largo el (cierzo,

y la lluvia repicaba,

y la lluvia repicaba tristemente sobre el techo!

DARIO HERRERA.



LA HIERRA

De la novela «La Maldonada» por Fco. Grandmontagne



CUANDO amaneció, la silenciosa pampa era una inmensa sábana escarchada: parecía que hubiera llovido cristal en polvo. Era el aliento de la noche, congelado en el suelo. Los árboles, el pasturaje, las junqueras, los espadañales, todo se hallaba rígido, entumecido, pasmado. El atemiento de los nervios de la Naturaleza había detenido sus impulsos creadores. El reino vegetal yacía oprimido por el reinado del hielo, símbolo de supremacía de lo que emana de arriba, sobre lo que abajo germina. La atmósfera, sin filtraciones de sol, tenía el duro color del acero. En el cielo vagaba todavía una estrella, la última, batiéndose con la aurora, en guerra de luces. Los pájaros, cerrado el pico, no habían salido de las enramadas, recogido el cuerpo en su colcha de plumas; los teros, alborotadores de la pampa, dormían bajo los cardizales. En las lagunas de aguas pluviales, los blancos cisnes y otros anades, flotaban quietos y adormecidos, esperando que la claridad total del día transparentara el líquido cenagoso para bucear en perseguiimiento de los peces, mientras éstos, á su vez, hociqueaban en el lodo, llevando el exterminio á las lombrigueras y tragándose vivas á sus moradoras. Entre la yerba, en la colosal extensión de la llanura, los insectos, el mundo infinito de seres pequeños, permanecía inmóvil, en sus guaridas, llenos de escarcha los corseletes, sufriendo el arrecimiento con estoicismo humilde, y aguardando en paz serena, el advenimiento del calor de los cielos, para recomenzar, á su influjo risueño, la amorosa labor de su vida fecunda.

Rasgó el azul del cielo, sereno y puro, la roja cara de Febo, alegría del espacio, consolación de la tierra y germen de todo amor. Era una llamada viva en medio del firmamento, como el incendio de un rosál. A su influjo, perdía su mutismo todo cuanto en la Naturaleza bulle y se agita en son de guerra ó de paz laboriosa, lenta lucha de conquista. Al bajar el sol al suelo, chascábase el hielo de las yerbas con ruido leve, de armonía intensa, cual crujidos de un organismo de pelos de vidrio; perdían su rigidez los juncos y las espadañas, volviendo á su natural dócil y flexible; piaba un himno al Astro Magno, algún pájaro delicado, perdido en la soledad, mientras la mayoría graznaba con torpeza de vida exuberante, «chajá chajá, «clua clua» «tero tero», «fio fio», «bicho feo», todo á pleno pulmón, como un derrame de fuerza sobrante. Corrían los teros, ó volaban á ras del campo, dando gritos estridentes, para anunciar al mundo volátil de bajo vuelo, el paso de algún transeunte agresor. Sordas al aviso, y ciegos sus hermosos ojos á la luz del día, las aves noctivagas, buhos, lechuzas y caranchos, con su robusta cabeza de necedad, su rostro arzobispal y su pico corvo, como hecho para siniestros crímenes entre las tinieblas, expulgábanse ahora al sol sobre la cúspide de una estaca de ñandubay, ó en un alambre de los que forman el seto de los campos. Los cisnes, gallardos gaviros del majestuoso esquife de Lohengrin, nadaban en los lagos, arqueado con soberbia su cuello elegante sobre el rizado oleaje, la blanca pechuga á flor de agua, y seguidos por numerosa corte de aves marinas con alas rojas como la lumbre y azules como el añil; y en revuelo incesante, las gaviotas, con su instinto culicivoro, hendían, devorándolas, las tupidas masas de cinifes, jejenes y tábanos, menguada raza de sanguinarios que se congregaban en montón á solearse en los rayos que caían sobre las aguas pestíferas, con vaho de pudrición.

Al derretirse la escarcha, brotaba de las frondas del césped una vaharada tibia, transpiración del suelo en jadeos de concepción, confundándose con el aliento de las vacadas, y formando una atmósfera baja y neblinosa, impregnada de vida caliente. A su influencia, desentumecíanse las víboras y las culebras, rebullendo en el suelo su cuerpo sin huesos; cantaba la perdiz sus dulces notas de reclamo, leve silbido de cita, y revivía el mundo de seres diminutos que arrastran entre la yerba su existencia obscura, librando combates que nadie oye, transportando material á sus gua-

ridas que nadie ve, en faena constante, silenciosa y humilde.

Con la salida del sol, galopando a campo traviesa, llegaron los gauchos invitados a la herra, montados sobre el mejor de sus *pingos*, enjaezado de fiestas con lujosos arreos; nuevos los bastos, el cojinillo y la carona; de plata los estribos, las copas del freno y la sonante coscoja; con anillos del mismo metal las riendas y la contera del rebenque; el pretal cuajado de monedas, pesos bolivianos, *chauchas* chilenas y pesetas españolas, todo un muestrario de numismática; el largo lazo enrollado sobre el anca de las jacas. Los gauchos habíanse puesto sus mejores trajes, una indumentaria que revela las primeras iniciativas del hombre para vestirse, sin que falte en ellas, la nativa coquetería de la raza humana. — Todos lucían magníficos ponchos, pañuelo al cuello y el tradicional chiripá de merino negro, primer ensayo de la forma del pantalón; debajo, calzoncillo *cribau*, adorno lujurioso, cuyas puntillas y encajes, semejantes al fleco de las enaguas, caían sobre las botas de media caña, rameadas de caprichosos pespuntos blancos y rojos. Algunos llevaban una especie de blusa, también de merino negro, holgada en el pecho y los hombros, y recogida en la cintura por una trenchilla; otros tenían saco obscuro, demostrando que la civilización les iba ganando de medio arriba, aunque nunca llegaba a la cúspide, a la cabeza, cubierta con un chambergó abollado de intento, las alas sobre los ojos y sometido a todos los ritos de la guapeza criolla, o de lo que por acá llamamos compadraje. En la cintura, el *tirador* (cinto) de cuero curtido, lleno de bolsillos para guardar la petaca, fabricada con el buche de un avestruz, la pipa, o el papel de fumar, los que no fuman en pipa vasca o inglesa, los documentos y el fruto de los conchavos. El *tirador* es la prenda en que se resume la elegancia gaucha, su magnificencia y su rumbo; está lleno de bordados de estambre que simulan emblemas del amor, y recamado de monedas de plata, y, a lo mejor, alguna onza de oro, alguna pelucona trasconejada a los virreyes de Fernando VII.

Entre los convidados y los de la estancia, se entablaba esa interminable serie de saludos que usan los gauchos, mostrando una afectada y melosa cultura que les haría aparecer como verdaderos señores entre los obreros y pastores de cualquier parte del mundo. «¡Hola, amigo! ¿cómo dice que le va? ¿qué tal, compañero? ¿qué me cuenta? ¿y su gente, amigo?» A este saludo expresivo y fino, seguía una relación de las peripecias del viaje, materia fecunda de las conversaciones gauchas; que se había asustado el *pingo* de los perros de la *pulpería* del *Nápoles*; que más adelante había rodado en una *vizcachera*; pero que él, el gaucho, había salido «paradito no más por las orejas.»

— ¡Ese loco lindo!

Esta exclamación de sorna gaucha, es una crítica feroz a las valentonadas y fanfarrónicas alardes de superioridad en cualquier cosa.

Salpicaban luego la conversación, de ironías mutuas y retruécanos maliciosos, que acusan una agilidad mental como no la tienen las clases rústicas de ningún país. El gaucho vuelve loco al cazarro más agudo. Los Aristóteles de las montañas de Pereda, de ideas tenaces y secas, son en la pampa la birria filosófica del gaucho, ágil en la concepción, fulgurante en el razonamiento, y festivo en el decir. Vive en ellos, modernizado, el espíritu escandaloso, alegre y a la vez hondo de Quevedo, sedimento dejado en la pampa por los virreinos crapuleosos. Y a la vez, *docilizan* el idioma, ganando en intensidad crítica lo que pierden en dureza viril y en retumbancia ampulosa.

Para los gauchos, es la herra una verdadera fiesta. A pesar de lo fatigoso de este trabajo, lo ejecutan de balde, y se dan por muy honrados cuando se les invita. Es para ellos como un torneo de las habilidades gauchas, donde cada cual se esfuerza por dejar bien puesta su fama de guapo, arrojado y ágil para enlazar y *pialar* los novillos más bravos.

La gente de General Godofredo Cascante hizo muy temprano el rodeo, llevando a una rinconada del campo, las haciendas que debían ser marcadas. A corta distancia, se levantó la fogata en que se habían de calentar las marcas de hierro y preparar el asado, los costillares de la vaquillona más gorda que había en el campo. Ante aquellos siniestros preparativos, mugían las vacas en bramidos de dolor por la suerte de sus hijos, que seguían descuidados, prendidos a las ubres con fruición en el calor de la manada.

La terrible operación comenzó entrando a caballo al rodeo los enlazadores, *revoliando* el lazo mientras los *pialadores* desplegaban en guerrilla, esperando que los primeros sacaran el novillo enlazado del cuello y arrastrado por el caballo. Al entrar los enlazadores en el rodeo, salió un bramido general del seno de aquel mundo pacífico; el montón de ojos mansos comenzó a fulgurar, revolviéndolos la cólera en sus órbitas enormes. Replegábase la manada en el rincón del



VIZCONDE DE TAUNAY

campo, apretada por el miedo, sobresaliendo entre la masa compacta el medio cuerpo delantero de algún torete, enardecida la cabeza y sofocado el resuello. Corrían los novillos a buscar amparo a la sombra de los cuerpos maternos; pero caían, al fin, preso el pescuezo en el lazo artero; y arrastrados al galope del caballo, cayéndose aquí, levantándose allá y dando berridos de loca desesperación, los sacaban a la explanada, donde empezaba lo más duro de su martirio y el apogeo de la diversión para los *pialadores*. Los pobres terneros, con la lengua afuera y arrojando blancos espumarajos, de ira impregnados, volvían los ojos a sus madres, bramando misericordia y auxilio; ellas les seguían hasta el borde del rodeo, respondiendo a sus bramidos con otros lastimeros; pero volvíanse luego atrás, a ocultarse entre el montón de sus congéneres, demostrando que, en los animales como en los humanos, el espíritu de conservación está por encima de todos los sentimientos y de todos los afectos, incluso el de la maternidad. La *Generosa* que lamó el débil cuerpo de Jesús, prestándole el calor de su aliento, no hubiera ofrecido por El su testuz, en los mataderos de Herodes.

Una vez en la explanada, el novillo enlazado, corría desatentado y furioso en toda la extensión que daba de sí el lazo. Los *pialadores*, en medio de una algazara estrepitosa, arrojábanle el suyo



D. FRANCISCO GRANDMONTAGNE

a las patas delanteras, tirándole de lomo en el suelo, tras de un forzoso salto mortal, airoso y limpio, que hacía exclamar a todos los gauchos: «¡Lindo! ¡lindo!» Y dirigiéndose al autor de la hazaña «¡Ah, gaucho guapo!»

Aquellas carreras arrancaban copioso sudor a sus caras soleadas, despertándoles una sed ardiente que refrescaban con tragos de caña de cuarenta grados. Tanto como la caña, sudada, apenas bebida, embriagábales la lucha, encontrando en ella una satisfacción puramente animal, innoble y agresiva. Don Jorge era el primero en sostener la tradición de este torneo, exigiendo que el novillo, fuera volteado con limpieza, con arte esencialmente gaucha; si caía de costado, lo hacía levantar para que lo tiraran de nuevo con todas las reglas de aquel juego inhumano y salvaje, no importándole que se le perniquebrara a descomarse una res.

Ya en el suelo el pobre novillo, un gaucho le ponía su pie en el pescuezo, aplastándole las venas hinchadas de rabiosa vida sanguínea, ahogando sus bramidos, sus quejas de toro; sujetábanle entre dos las patas, mientras otro le inutilizaba para la procreación, convirtiéndole en manso buey, dócil al yugo. Y, finalmente, el mayordomo de General Godofredo Cascante, le incrustaba en las nalgas el rusciente hierro de la marca, definitivo sello de domesticidad. Al sentir en las vitalidades de su cuerpo el frío filo del cuchillo, y en las nalgas, el hierro ardiendo, en el paroxismo del dolor, inyectábasele de negra sangre encorajada los enormes ojos vueltos al sol, y desahogaba su cólera en resoplidos de furia, arrojando en bilis verdosa, el pasto mal rumiado. Quedábase, al fin, como sumido en letargo, aniquiladas las fuerzas de rebelión, siendo necesario, terminada la herejía, hacerle levantar a puntapiés y ramalazos. Con el testuz humillado, la vista baja, preñada de rencor, y muertos los nervios bravíos, íbase el choto al rodeo, a buscar consuelo en las ubres maternales. Luego, libre de pasiones, ponía-se a comer yerba para echar abundantes carnes de matadero, o criar fuerzas para el arrastre del arado, ayudando al hombre, su aliado y verdugo, a sudar sobre la tierra esquiva; el aguijón de la ambición del hombre, traducido en aguijón de hierro para arrear al buey, y los dos, tirando de la vida, maldita, por Dios, a trabajo forzoso.

Arrimado a la fogata, cuidando del asado, llevaba don Jorge la cuenta de los novillos marcados en una tarja hecha de una rama de eucalipto, haciendo con su cuchillo (cabo de plata) una muesca por cada res sellada con el emblema de su estancia.

Tumbados sobre el césped, en calmoso abandono, aspirando campo y oreados por los aires sus cerebros revolucionarios, Eizaguirre y Langredo espoleaban el amor propio gauchesco del viejo, sosteniendo que no era «baqueano» para hacer el asado. «Y ustedes ¿qué saben? ¡puebleros!» Acercóse Langredo a dar una vuelta a los tostados costillares, para demostrarle que conocía aquellos rudimentos del arte culinario. «Sali, mijo, no te vayás a quemar» — le dijo don Jorge con tierno acento, de amor lleno, queriendo preservarle de todo daño con solicitud paternal.

Miró luego hacia la estancia, y viendo a Valentina y Emilia paseándose en la terraza, exclamó: «Ahora si que salió el sol! ¡Amigo! ¡que habían sido dormilonas!» Y dirigiéndose a los dos abogados: «Lárguense, muchachos, a buscar a las macabizas para que vean la herra». Obedecieron ellos con regocijo.

Bañadas de sol y de aire, abiertos todos los poros a la percepción del rocío fresco, a las exhalaciones de los tallos verdes y de las flores de invierno revividas por el deshielo, caminaban las dos muchachas al lado, de sus rendidos donceles, hundiendo sus menudos pies en la yerba húmeda y volcando con el fleco de las enaguas la escarcha derretida en los cálides de las clavelinas. Enajenadas en el libre ámbito rural, envueltas en sol generoso y en el vaho del campo, de tibias fragancias lleno; viendo a los pájaros con el pico vuelto al cielo, y oyendo con embeleso el rumor de la Naturaleza toda, sentían avivado el amor en sus espíritus, refluendo en ellos, como de fuente fecunda, nuevos desbordes de pasión pura, y saliéndoles al rostro, en colores de púrpura, la dulce fiebre del alma.

Sentáronse en corro, sobre el césped húmedo, cerca de la fogata. Su conversación, envuelta al principio en las galantes retóricas de los salones, fué sin embargo viva y caldeada en su tono lleno de efusión; era como el agua de un calorífero encerrada en el nítido cristal. Poco a poco, fué despojándose de su rigidez externa, haciéndose íntima, ingenua y sencilla, como emanación del campo circundante, donde todo vivía sin fingimiento ni sentido doble, a plena vida, desdobladas las pasiones a la luz. Contribuyó a estas expansiones de intimidad, el haber entablado las dos parejas diálogos aparte, cada cual con su cada cual. Comunicó Langredo a Valentina la alegría que produjeron en don Jorge sus proyectos matrimoniales, declarados aquella mañana, antes de salir para la herra. La Maldonada, en medio de su

gozo, poníase triste de repente al acordarse de su madre, la gaucha Matilde, y de su vida degradante. «¿Qué le hemos de hacer, alma mía?»—dijo él, esforzándose por consolarla.—Es necesario conformarse. Si estuviera en otras condiciones, la recogeríamos en nuestro futuro hogar; pero... En fin, no hablemos más de eso; veo que te hace mal, y a mí también. Después de casarnos, vos harás lo que te parezca con absoluta libertad, ayudándola y socorriéndola con todo lo que podamos.»

—Gracias, Sebastián. ¿Sos lo más bueno! —repuso ella con un nudo en la garganta.

—Si, si; pero hazme el favor de no llorar. No amarguemos estos momentos con recuerdos desagradables. Sosegáte, que todo se arreglará lo mejor posible.

Y como ella siguiera llorando en silencio, hilo a hilo, agregó Sebastián con festivo y cariñoso tono: «Anticipomis derechos, querida Valentina, para ordenar a los soles de tu rostro que no viertan más lágrimas. ¿Qué te crees? Yo voy a ser un esposo mandón, el dictador de tu alma.»

En el rostro de Valentina, bañado de llanto recogido y silencioso, asomó una sonrisa, de amor henchida. Tenía su semblante divino la dulce melancolía del Iris, por entre cuyas luces se filtraban aliados el sol y la tibia lluvia primaveral. «Ya sé—dijo, con los ojos caídos y un poquito de mimo—que me has puesto un mote lo más feo y mu y triste.»

—Triste, si; pero feo, no. Te lo puse para halagar a doña Laura y a la Michina. ¿Quién te lo ha dicho?

—Un pajarito.

—¿Rubio, de ojos azules, que está piando ahora con un amigo mío? ¿eh? ¿cierto?

Reíase Emilia con toda la vida, oyendo las cuitas de Damián Eizaguirre, cuyo tono, impregnado de ingenuidad, le penetraba a ella en el alma, calándose con una especie de aguacero afrosiaco, dulce y tibio, a cuyo influjo nacían en los jardines de su vida interior, de velloritas llenos, nuevos brotes y capullos que pugnaban por abrirse. Decía el Vasco, en lenguaje desnudo de poesía mental, de puro sentimiento crudo, que pensando en ella, y sintiéndola toda viva dentro de sí, no había podido dormir en toda la noche.

—«¡Ay, qué mentiroso! ¡ay, qué mentiroso!»—exclamaba, negando con los frescos labios lo que afirmaban sus ojos húmedos, cargados de risas y henchidos de las emociones que, en aluvión de gozo, se le desbordaban del pecho.

El tierno idilio pudo tener un epílogo funesto. Levantóse de entre sus verdugos un novillo, casi toro por lo crecido y fuerte; espolado por el fuego de la marca, echó a correr, ciego de dolor y de ira, la ira del dolor, hacia donde estaban los cuatro jóvenes. Gritaban los gauchos avisándoles el peligro; pero, cuando los enamorados quisieron acordarse, ya estaba encima, dirigiéndose a Emilia, atraído por la toquilla de vivos colores que llevaba puesta. Dió la niña un grito desgarrador, al que acompañó otro de Valentina, resguardada por Langredo que se había puesto delante, mientras Eizaguirre, veloz como el relámpago, saltó al cuello del enfurecido novillo, logrando, tras breve lucha, derribarlo en el suelo. Desvióse en seguida, y el torete salió corriendo en otra dirección.

Cuando el Vasco, respirando fuerte, volvió al lado de Emilia, prendióse ésta a su brazo. No es que tuviera miedo, pues el becerro escapaba pampa adelante, tratando de sacudirse el dolor en una carrera loca, sino que le entraron unas ganas invencibles de darle un abrazo, ya que no en el cuello, en aquella columna generosa, protectora de su vida.

Y ¡qué bien! ¡qué bien se sentía apoyada en aquel brazo lleno de ardientes venas y plétorico de vida enérgica! Sintiendo el bullir de sus arterias alteradas por el esfuerzo, experimentaba ella como una fusión de vida: uníase aquel palpitante



D. GUILLERMO MATTA

† el 27 de Enero último en Santiago de Chile

vigoroso, a los temblores de su propio brazo, taladrando ropas y cutis para correr por un cauce común, vertidas reciprocamente las esencias de sus vidas en effluvio desbordado. Y a la vez rebasaban sus almas las oleadas de la pleamar del amor.

«¡Ay, qué miedo, Damián! le debo a usted la vida.»

—Pues, démela.

Echóse ella a reír con todo el cuerpo, torciendo la cintura para recostarse un poquito sobre el Vasco, impregnándose de él con disimulo. Y poniéndose seria de repente: «¡Ay, Dios mío! si le llega a matar a usted el novillo por defenderme...»

—¿Qué, qué hubiera usted hecho?

—Le habría rezado muchos Padrenuestros—dijo, dando a su rostro una compunción en extremo cómica.

—Me está usted martirizando, Emilia. Yo me voy a volver zonzó, amándola.

—¡No me diga! ¡Qué esperanza!

Y rompió de nuevo a reír con toda la fuerza de sus pulmones frescos, en los cuales era música de idilio su vitalidad aérea.

A la hora de la comida, estuvieron viendo a los gauchos, en cucullas y en corro, devorar el asado; prendíanse con los dientes a una presa de carne, cortándola con el cuchillo en bocados sobre el borde de los labios, mientras sobre el filo del arma, enfilaban hacia las muchachas sus ojos, clavándolos en sus mejores contornos. Cuando aparecieron los pasteles, alegróseles el semblante en presencia de la golosina que más halaga los paladares gauchos; y al saber por don Jorge que las muchachas los habían elaborado, comiánselos con doble fruición, paladeando las esencias que en ellos quedarán, de las manos que los hicieron.

**

Recogidos por la noche en la estancia, en intimidad cariñosa y dulce, nutridos de la serena calma del campo, obligaron a Valentina a cantar las prometidas *vidalitas*. Trajo don Jorge una guitarrita vieja, la misma en que enseñara a su nena los primeros rudimentos de aquella música reveladora del alma pampiera, del sentimiento simple, de la poesía viva. Adujo ella su torpeza;

pero, cediendo, al fin, a los insistentes ruegos, tomó la guitarra y comenzó a puntear con sus dedos sonrosados los primeros compases, gemidos lentos y suaves, que sirven de acompañamiento al canto. Todos guardaron un silencio religioso, fijos en ella y pendientes de sus labios. Intentaron éstos por dos veces romper a cantar, y no pudieron, embargados por la emoción, y cierta vergüenza que se traducía en una sonrisa triste. Animáronla todos y especialmente don Jorge. «Andá, mija, como si estuviéramos los dos solitos.» Quedóse ella seria de pronto, bañado el rostro de melancolía dulce, los ojos húmedos, y, poseída de toda la ternura del canto, lanzó la primera nota, un semillero acogojante, henchido del sentimiento de la soledad:

«Palomita blanca
Vidalita
Que yo te crié.
Sin darte motivo
Vidalita,
Se voló y se fué.»

Era su canto el poema del abandono resignado, las tristes endechas de las almas humildes que vagan solitarias por la pampa, el resumen de las cuitas gauchas, su dolor espiritual teñido de calma en el silencio de la llanura inmensa. Ponía la Maldonada en aquel canto algo de su vida, de su raza y su alma toda, una efusión de tristeza, honda y tierna, en que, por extrañas vías, se aunaban, en las profundidades de la vida interior, el amor y la muerte, un consorcio de agonía material y de las plenitudes del ánima en su invisible existencia sin finalidad. Era un canto, de intensa ternura, henchido de congoja, de dolor pacífico, de lloro interno y silencioso, de resignación humilde y tranquila. Era el poema musical sin origen, sin autor, sin pentagrama, nacido de un suspiro y popularizado en las alas de un céfiro por todas las chozas pastoriles de la pampa.

Con los acentos tristes de la voz de Valentina, en abrazo armónico, en misteriosa fusión de sonidos, ibanse las vibraciones de la guitarra, intensas y vagas, a reposar en el lecho de las auras dormidas. Allí arriba, entre los crespones de la noche invernal, en su regazo negro, de misteriosos, y chocando con la invisible lluvia de escarcha, morían las notas de aquella *vidalita*; morían los sonos de percepción material; pero en el corazón de los oyentes quedaba el recuerdo de su eco, su alma eterna; quedaba mientras vivieran vida terrena, resurgiendo después en la resurrección inmortal; quedaba eternamente.

A don Jorge ¡qué vergüenza! le corrían dos lágrimas como avellanas, rodando por entre el bosquejo de su rostro, sin que se deshicieran en el bardal de pelos, tan apretadas de emoción bajaban; Emilia hacía esos pucheritos que son los preludios del llanto, teniendo el cielo azul de sus ojos lleno de agua tibia; el Vasco tenía su carota, hermosa y simpática, teñida de tristeza; los pucheritos de la *macabisa* le ponían más blando y más tierno que... no sé qué; Langredo, a quien le sonaba en el alma la voz de Valentina, quería disimular con tosecitas leves y carraspeos inútiles, la conmoción que le subía a la garganta. Nadie se deja ablandar el espíritu, sin oponer una resistencia íntima.

En medio de una atención profunda, Valentina cantó la segunda parte de la *vidalita*, aquella en que se vierte el consuelo, el lenitivo a la pena evocada por la ausencia de la palomita blanca, emblema del amor ausente:

«Pero si es constante
Vidalita
Y sabe querer,
Cuando menos piense
Vidalita
La volveré a ver.»

«Otra, mija, otra!»—exclamó don Jorge, viendo que la Maldonada dejaba la guitarra. Obedeció ella por complacerlo, complaciéndose a su vez de

verle complacido, y volvió a cantar, con sus enormes ojos bovinos posados en Langredo:

«Sin que nadie sepa
Vidalita
Tengo un mensajero,
Porque mis suspiros
Vidalita
Los lleva el pampero».

«Lindo, miya, lindo!»—repetía el buen viejo, reventando en sus ojos las lágrimas. «Ah, la *Patria Vieja*! Y volviéndose a Langredo: «¿Qué te parece, miyo?»

El *Miyo* no estaba para responder; en cuanto hubiera abierto el pico, sale un sollozo.

—Llorá, ché, hermano, llorá; no tengas vergüenza ¡qué diablo!—le dijo Eizaguirre al ver su rostro inflamado de emoción.—Somos todos de la familia—agregó, buscando con sus ojos nobles, la aprobación del duendecito rubio, el cual le decía con las pestañas de los suyos: «¿cómo no, querido *Vasquito*?»

Al dejar la guitarra, Valentina se aproximó a Langredo, y lo que le vio tan enmudecido, le preguntó muy bajito: «¿Te sentís mal, ché, Sebastián?»

—Callá, callá....

Pasaron los jóvenes muy gratos días en *General Godofredo Cascante*, pletóricos de vida física y en plena salud de alma: pasaron horas que perduran en la memoria del corazón, formando ese oasis de consuelo en que se recoge la vida en los momentos de penuria moral, de consunción y de dolor físico, remozándose en el recuerdo y en él viviendo, como sobre un residuo de frias delicias. Gozaron muchísimo; pero, como todo en esta vida está sujeto a un fin, más cercano para lo más feliz, tuvieron también aquellos días consagrados al buen Cupido.

El 24 de Julio, al anochecer, llegó un gaucha de la estancia de Eizaguirre con una porción de telegramas para éste y para Langredo. Eran de sus amigos de Buenos Aires, anunciándoles que la revolución estaba por estallar. En uno de estos telegramas le decía Miquelena a su buen amigo Langredo: «Se han precipitado los acontecimientos; ven en seguida, porque Forcadell anda propalando que te has ido al campo por miedo, y los más imbéciles empiezan a dar crédito a esta vil calumnia. A pesar del mal rato que te causará esta noticia, te la comunico para que vengas en seguida, y desmientas con tu presencia a este miserable y a los canallas que le rodean. Que venga también el *Vasco*; pero en seguida.»

Lívido de cólera, enseñó Langredo el telegrama a su amigo.

«Sosegáte, ché, hermano, que no te conozcan las muchachas el *estrilo*».

—No hay cuidado, Damián: soy bastante sereno—repuso Langredo, esforzándose por dominar su ira.

—Dejalo no más, ché, hermano—agregó Eizaguirre, no menos nervioso que su amigo:—dejalo no más, que yo te garanto... me caiga muerto, ché, hermano, si a ese indio fiero no le hago yo revoliar las patas de un zóquis. Ahora, calláte no más la boca, y vámonos a Buenos Aires.

Comunicaron a don Jorge el contenido de los telegramas, menos lo referente a las habladurías de Sonajas. Encendiéndose el gran mitrista y les dijo:

«Aprétese el gorro, muchachos, y vayan a defender la *Patria Vieja*. Duro y parejo, muchachos, hasta no dejar un solo cordobés vivo; y sobre el pucho no más, hemos de llevar al *Viejo* a la presidencia. No lo olviden, muchachos: el *Viejo* será el salvador de la *Patria Vieja*. Y ahora váyanse no más; yo me largaré mañana con las macabizas. ¡Viva el *Viejo*, muchachos...!»

GRANDMONTAGNE.



DE CHILE

CHILE PINTORESCO

VIÑA DEL MAR

Estamos hace siete horas en Viña del Mar. Hemos pasado la noche en el Gran Hotel. ¡Magnífica noche!

¿Y quién creéis que ha venido a interrumpir nuestro sueño?

¿Alguno de los mozos de servicio; la impertinente campanilla del despertador?

¡No! El olor penetrante de las flores; el tumultuoso correr y la bulliciosa alegría de los niños madrugadores.

—Viña del Mar...—se piensa; y el que ha venido a veranear, acaso a indemnizarse anticipadamente de lo que le han hecho sufrir los calores, trabajos, fatigas y preocupaciones sociales de la capital, se regocija, haciendo surgir *in mente* el espectáculo de esta diminuta ciudad, de la cual hay

tan pocos buenos santiaguinos que no guarden alguna grata memoria.

Viña del Mar.... aristocrática estación balnearia, que vista desde lejos, con sus flores y sus pintorescas casitas, semeja un enjambre de mariposas acampadas entre el mar y los cerros; y que sólo recuerda dichas, fugacidades, agrados,—cosa muy escasa en la tierra, como todos lo saben.

Por lo menos, el risueño pueblecito predispone el ánimo para respirar a gusto el aire fresco y salobre de estas playas, a que suelen venir pintores y acuarelistas, en busca de marinas y crepúsculos. ¡Cuántas veces los he visto con el caballete plantado sobre la arena de oro, abocetando un paisaje, inclinados sobre sus telas ó sus cartones como ingenieros que sacan con la mayor pausa un cálculo geométrico!

También vienen por aquí muchos «gringos» y, lo que vale mil veces más, muchas mujeres bonitas.

Los «gringos»—los que tienen en esta villa sus *chalets* y en Valparaíso, sus escritorios y sus almacenes,—regresan del puerto en la tarde, en el tren de que es conductor ese legendario y amable gordo Arratia, de que he hablado en otra ocasión.

Llegan esos buenos británicos, satisfechos y contentos, porque Viña del Mar es para ellos lo que Chantilly para un parisiense y lo que San Sebastián para un madrileño. Y por cierto que llegan como a su propia casa. A esa hora, entre seis y siete de la noche, Viña del Mar, la poética Viña, se convierte en una ciudad conquistada por los ingleses.

En los momentos de la invasión, es decir, cuando dejan los simpáticos «gringos» sus grandes libros de cuentas, y echan llaves, cerrojos y pestillos a las puertas de sus escritorios comerciales del puerto, los que vienen ó viven en Viña del Mar, llenan los carros del ferrocarril, con su charla de palabras breves, secas, con un ligero silbido.

El tren los deja en Viña. El convoy apenas se detiene treinta segundos y marcha después tan rápidamente que, tomándolo a las seis y veinte minutos en Viña del Mar, se puede llegar a las diez y media de la noche a Santiago.

Parte el tren que ha traído a los «gringos» desde Valparaíso; pero parte llevándose alguna carita femenina que os ha hecho suspirar y que os mira suspirando; parte sin dejar otra huella tras de sí que un poco de humo, acaso porque humo son también las alegrías, el amor, el recuerdo.

Un momento después, los ingleses se dispersan por las calles de Viña, rompiendo el silencio con el acompasado estrépito de sus zapatones. Pasan indiferentes, flemáticos, fumando el resto del Rothchild ó Upmann, con los pantalones doblados, un poco enrojecida la cara, ostentando gruesa cadena de plata en la parte superior del albisimo chaleco.

Esos son ingleses *pur sang*, fieles a sus costumbres de raza, y, ante todo, felices,—dicho sea para desmentir siquiera de paso a los discípulos del espeluznante Schopenhauer, que sostiene que no existe la felicidad en la tierra. Se bañan invariablemente en invierno y en verano, y juegan dominicalmente *foot-ball* y *cricket*.

Pero no sólo ingleses veremos en un momento más, al salir de nuestra pieza del Gran Hotel. No. Porque no son sólo los «gringos» el encanto de este rincón cuajado de flores, de que cada cual conserva, muy guardado en la memoria, algún recuerdo.

—¡Ciudad querida!—piensan muchos, tomando la actitud de Hamlet ante Ofelia, poniéndose, si no hay nadie delante, una mano en los ojos, para que, libre el corazón, sin lágrimas, que al fin y al cabo son el rocío del dolor.

Esos románticos de oficio son los que sintieron nacer aquí, tímido y fugaz, un *amor de verano*.

¿Cómo no han de tener entonces para ellos poéticas memorias esas rejas verdes y blancas de las casitas de Viña, en que florecen las enredaderas, las madreselvas, los suspiros color de turquesas, los cadales y la flor de la santa pasión!

Estad seguros, segurísimos, de que pueden contar esas rejas, desteñidas por el sol, muchos recuerdos, porque han escuchado no pocos besos y porque sus flores a la hora del rocío, sintieron adiós que las estremecían y lágrimas que bajaban a coronarlas.

Los que vinieron a pasar una temporada y atraparon la «influenza amorosa», esos, vivirán siempre enamorados de Viña y sus playas, en que corrieron por la arena y escribieron, también en la arena, una palabra que había de deshacer la ola del desengaño ó del cálculo: amor....

Tiene, pues, muchos recuerdos que contar esta Viña del Mar, de Dios y de los enamorados.

La mujer *alegre* que vino a las grandes carreras de Octubre, el período álgido y más *chic* del *turf*, en busca de placeres fugitivos, de *champagne* y besos pagados con esterlinas; el *sportman* que se arrojó en esas mismas carreras; el eterno y clásico santiaguino que vuelve a la capital sin plata, apesadado y muerto de pena; los elegantones de polainas blancas, la *traviatilla* que regresa de esas mismas grandes carreras abombada con el vino de la última orgía ó de la última cena; el *grande* y el *chico*, el que llora y el que ríe; el *super chic* y el cursilón; todos, todo ese amasijo, esa horrorosa promiscuidad de tipos que agrupa y rueda vertiginosamente, y llorando para adentro

cerca del mundo de las alegrías, recordará siempre algo de este pedazo de tierra luminosa y florida, cuya mayor leyenda sería: sembrando un santo en el cielo para la *viña de Cristo*, cayeron algunas semillas en la tierra para.... «Viña del Mar». Pero su historia verdadera—también la tiene—es otra.

Y he de contarla antes de salir, si es que no ha terminado aún nuestra *toilette* de mañana.

Fué, según cuentan las crónicas, un tal Juan de Saavedra quien, allá por 1536, puso por primera vez sus plantas de explorador en lo que era entonces un húmedo arenal, al que los *puel-ches*,—nuestros antepasados—daban el nombre de Penco, es decir, «aquí hay agua».

Plantó pocos años después, un joven de Toledo, don Francisco de Riveros, en aquellos mismos húmedos arenales, una viña cercana al mar. El peladero quedó bautizado desde entonces y se llamó, como tenía necesariamente que llamarse, contando ya, como contaba, con unas cuantas vides rastreras y estando del mar a tiro de arcabuz.

Compraron todo aquello, un siglo después, los laboriosos jesuitas, quienes no lo soltaron hasta que el buen Carlos III les dijo «vuelen», a todos los siervos de Jesús, en el año de 1767.

En 1802, Viña del Mar pasó a ser propiedad de los Carreras—familia ilustre por sus infortunios, ilustre en hazañas é ilustre en amores, como dice uno de nuestros historiadores.

Subdividióse en seguida la gran hacienda; y precisamente lo que es hoy Viña del Mar, se hijueló,—para hablar en jerga de leguleyos—allá por los años del famoso ministro Portales y cuando nadie habría dado por todo, ni cuatro mil «nari-gonas», es decir, onzas de oro.

Lo que hoy es una población europea, era hace treinta años un miserable potrero de parras, que a las altas horas de la noche parecían los errantes esqueletos de los conquistadores de Castilla y de León.

¿Quién te vió y quién te ve! ¿Quién te vió en aquellos tiempos de tu honda playera, obscuro y humilde escenario de amorsos plebeyos en que cantaban las chinas fandangueras:

En el medio de la mar
estaba la muerte en camisa....
y en sus suspiros decía:
trínqui forti, Margarita (*)

Nadie efectivamente reconocería en la Viña del Mar de hoy a la de ayer.

Pero no entraré en más largas ni cortas sobre lo que en otro tiempo era Viña.

Ni sería posible: tenemos que salir a recorrer el pueblo, ir a bañarnos, dar una vuelta en *charrette* ó en algunas de las crujidoras y venerables victorias de alquiler, volver en seguida al hotel a tomar un *bitter* y en seguida a almorzar en compañía de alegres comensales.

Al salir del hotel, nos dice «¡buenos días!» el primer conocido: el vienteito costino, imprudente, que ciñe y acaricia con sus rachas, compañeras de las gaviotas marinas, ciertas líneas femeninas que no se olvidan ni en un mes de bullicioso veraneo.

El aire está puro, pletórico de oxígeno, preparado en el hermoso laboratorio de los árboles, las plantas y las flores, bajo un sol que no quema, que sólo acaricia.

A lo lejos, se siente un rumor apagado: son las olas de la playa, es el mar que besa y abraza a las rocas de la costa, bordando los soberbios encajes con que visten las náyades sus desnudeces divinas.

Camináis de prisa porque estáis contentos; sentís las agradables sensaciones del agua helada, de las brisas amigas que huelen a ovas y algas. Camináis por calles y senderos de flores. A ambos lados sólo se divisan *chalets* espléndidos, pequeños parques ingleses, soplados como si les acabara de hacer la *toilette* matinal, el más delicado de los jardineros.

Una tranquilidad que ensancha el alma, os hace caminar alegremente, sonriendo cariñosamente, porque aquí,—a la inversa de los balnearios europeos en que la afluencia cosmopolita aleja a cada cual—todos se conocen con cierta intimidad de colegio.

Hemos salido a las ocho de la mañana. Vamos a los baños.

En las cercanías de la estación encontramos coche. ¡Y qué coches! Si sólo con un arranque de audacia puede dárseles tal título a las tartanas ó qué sé yo, en cuyo ruinoso pescante, al pasar, nos gritan de pie los aurigas villa-marinos.

—Aquí, aquí, patroncito....

—¡A los baños!—decimos, subiendo a uno de esos incomparables carruajes.

El aire de la mañana juega con la arena que arrastra desde la costa,—tan cercana ya de nosotros, que si nos levantamos en el desteñido asiento color verde del pobre fiacre, divisamos el mar inmenso, azul, como un cielo.

Por el camino, hemos alcanzado grupos encantadores de muchachas que se dirigen al baño en *toilette* de mañana: un ligero traje, zapatones

(*) Descomposición de *drinch*, beber.

blancos, que cometen constantemente, la revolucionaria alevosía de dejarlos ver la media negra; sombreros blancos, á la moda inglesa. Van apresuradamente al baño esas vocingleras comparsas, á confundir con las olas, sus cuerpecitos admirables...

Coronando las rocas, azotadas por el mar, se descubren mil pinceladas vivisimas, atenuadas apenas por la perspectiva inmensa del océano: son las santiaguinas que después del baño, frescas y sonrientes, se han posado sobre las rocas de la playa, como las olas del mar.

Cerca de las lindas jóvenes, pululan no pocos enamorados, típicos elegantuchos cuyos veinticinco años les dan exterioridades secularisimas, postura infantil, alegría de que carece el vividor, el gomo entrado en años y desengaños.

Viña del Mar es un nido de amores;—un paraíso que sólo puede contar las primeras escenas, los primeros idilios de lo que convierte después la suerte, en dramitas ó en dramas.

Vividores noveles y vividores fogueados,—todo ó casi todo el Santiago que ha importado cierta vida parisienne—han tenido aquí su novelita fugaz y más de alguno acaso, soñando con Hamlet, no ha podido hacer ni don Juan ni el loco de Elsinor.

En los baños, mirando las olas que vienen y van, después de sorprender una pasajera mirada cuántos no han hallado el primer acto de una temporada de amores, á los cuales la coquetería y la conveniencia,—eternos enemigos del verdadero amor,—suelen concederle vida... ¡hasta la temporada de invierno de la ópera! No es raro, pues, que á los que hemos visto en verano sobre una de las agrestes rocas de Viña, los veamos de nuevo en invierno en un palco del Municipal.

Después del baño, el almuerzo ingenuo y patriarcal, en medio de sus charlas.

En seguida, mientras pasa el calor, se leen los diarios ó se va de expedición á visitar los gigantes cañones del fuerte Vergara, ó—¡asustados!—se duerme la siesta—¡la misma placida siesta de nuestros queridísimos... abuelos!

Yo no sé si alguien podrá pintar los sugestivos encantos de una santiaguina bonita, entregada á las dos de la tarde, á las prosaicas dulzuras de la siesta de antaño.

Por la tarde, de nuevo á la playa.

Pero antes, á modo de aperitivo, hemos tomado un *whisky water*, que calificaría de agradable cualquiera autoridad en materia de *cokteles*,—permítame el anglicanismo.

Á las cinco y media ó seis, empieza el corso á la orilla del mar, y quien no conoce ni Biarritz, ni Niza ni San Sebastián,—mártir, según el calendario—puede creerse en cualquier parte menos en un rincón de una tierra torturada y esquilada por la crisis.

Es el agradable corso de las tardes, á la orilla de la playa,—un corso improvisado.

Más que el lujo y el brillo aparatoso de ese corso de gente de mundo, que marea y entusiasma; más que el número de los coches, lo que se admira ahí es el soberbio paisaje de que podéis disfrutar en ese paseo admirable, en que se encuentran elegancias de bulevar contrastando con las grandezas incomparables de los crepúsculos en que el sol, empapado en sangre y en oro, hunde, desplómase con majestad soberana en medio de una orgía de tonos y colores que no alcanzará jamás la paleta de los más hábiles é inspirados artistas.

Y no se me diga que exagero, porque muy sabido es el cuento de aquel inglés que, al ver una de estas puestas del sol, se quedó parado largo rato hasta que lo divisó uno de esos «rotos» en que suele despuntar de tarde en tarde algo del espíritu zumbón de Quevedo, y le dijo:

—Patrón, si todos los días es lo mismo... La retina queda enferma, fatigada, después de estas grandes orquestaciones de color.

Al volver, al darle el consabido billete de á peso, al cochero de la victoria que nos ha traído de la playa, cada cual va á sacudirse un poco: nos espera el *smoking*.

Después de comer (aquí á nadie le están reservadas las torturas horrendas de comer solo), congrénganse en el salón del hotel, reuniones deliciosas en que se baila y se hace un poco de música.

¡Qué distancia entre esas reuniones familiares y la fiebre de oro, de billetes, de apuestas, de juego, de embriagueces y de placer, que se apodera de la revuelta y heterogénea concurrencia que viene á las grandes carreras de Octubre!

Los caballos de raza, los *jockeys*, esos trajes de seda á listas negras, amarillas, azules y rojas, traen la fiebre, crispamientos epilépticos del que *trina*, del que rueda al abismo, empujado por la raqueta de un *croupier*; del que sale triunfante en ese circo horrendo que se llama el fuego.

Son los días de las locuras de este pedacito de tierra, en que encontraréis casi siempre á la orilla de la playa, las *charrettes* que se deslizan blandamente sobre la arena.

¿Quién va en ellas?

¡Ah! las parejas felices. A veces novios, los que han venido á pasar en Viña, su luna de miel.

Porque Viña del Mar es, ante todo, el rincón predilecto de los novios.

E. RODRIGUES MENDES.

LUCRECIO

Por la llanura inmensa en donde vaga lentamente el euro arrastrando las hojas que marchita el hálito glacial de triste invierno, corren las aguas trémulas del río, tan silencioso y sesgo, en álveo á cuyas márgenes se mecen los ramajes de lánguidos helechos.

De luz crepuscular y vespertina los pálidos reflejos proyectan en la móvil superficie silueta enorme de peñasco enhiesto á cuyo pie las linfas acumulan gurvios festones de verdoso légamo.

Allí, donde se alza desnudo de misterios, sin ex-votos, hegúmenos ni augures de la Verdad el templo, en cuyas criptas sepultura encuentran de cada error los miserables restos, saltó á la frágil barca el pálido viajero á quien impulsa á navegar errante el torcedor de su incurable tedio.

Orna su sien la inmarcesible láurea que conceden los númenes al genio cuando vence con luz deslumbradora á sus mezquinos émulos, y en desecada clámide, con desaliño natural envueltos, al influjo de atmósfera hielática se ve temblar sus ateridos miembros.

Rompe afanoso el pensador la amarra, yérguese altivo y trémulo, y empujan el esquife las perezosas ráfagas del euro.

De pie sobre las planchas que aseguran el cóncavo interior del frágil leño, al contemplar la cenagosa linfa muestra en su rostro austero que marchitó el afán de estudio insomne las hondas huellas de pesar acerbo, y del profundo río el haz undoso golpea con el remo pugnando por hundir en el olvido de su odio enorme, el invisible objeto.

Pregúntase si en vano al ver doquiera de iniquidad el escenario eterno en cuyas sirtes se postrara el ánimo por la nostalgia de justicia opreso, amordazando al miserable instinto buscó en la muerte, de su angustia el término.

Al fin, rendido en la labor penosa, abandonando el remo: —«¡Todo es inútil—palpitante exclama con voz en que solloza el desaliento. «De la maldad de Jove «el pertinaz recuerdo «no alcanzó á conseguir que se sumerja «en las plomizas aguas del Leteo.»

MANUEL A. SAN JUAN.

Enero de 1899.—Lima



DECADENCIA LATINA

Parece ser que la civilización latina toca á su ocaso. A no haber pruebas inequívocas de la verdad de esta aserción, bastaría para llegar á ese triste convencimiento, la reciente expoliación de los norteamericanos de las colonias españolas de América.

A excepción de las más meridionales, agitanse en continuas revoluciones personalistas las repúblicas latino-americanas, juzgadas ya como incapaces para regirse por gobiernos propios; y de ellas las que algún progreso han realizado, ha sido á favor de la infiltración lenta y progresiva de un elemento étnico distinto, que ha llevado á ellas, junto con los caracteres peculiares de su raza, los elementos de iniciativa individual de que aquellas carecían.

España oculta en disturbios intestinos el ludibrio de sus recientes vencimientos.

Italia incuba los elementos de su propia destrucción y arma con puñales homicidas las manos de sus hijos, para derramar sangre inocente é inútil para la perfección de la humanidad.

Y Francia que marcha á la vanguardia de la civilización latina, parece abocada á una conflagración inmensa, que decidirá de su ruina; diagnóstico basado en síntomas inequívocos de próxima descomposición social, entre los cuales ninguno más elocuente y por decir así, patognomónico, como el de su despoblación gradual. Territorio y

población son los dos factores sustanciales de todo organismo social, y Francia, lejos de aumentar en población, ó queda estacionaria ó va sensiblemente disminuyendo.

En efecto, la disminución de la natalidad en Francia es una verdad fuera de duda, comprobada por todas las estadísticas; los resultados siguientes lo prueban asazmente:

Noruega invierte solamente 51 años en doblar su población; Austria 62; Inglaterra 63; Dinamarca 73; Suecia 89; Alemania 98; y Francia ¡334! años.

Es pues un hecho incontestable que la natalidad disminuye en Francia. Pero la estadística sólo puede darnos cifras, generalidades, mas no explicar la ley de los fenómenos.

Con el objeto de investigar las causas de la despoblación creciente de Francia, el marqués de Nadaillac (1) enumera diecisiete, de las cuales la mayor parte no resisten á un análisis metódico; entre ellas la de la *infecundidad de la raza francesa*.

«Todas las razas, dice Nadaillac, no son igualmente fecundas; el clima, las condiciones sociales, económicas, biológicas, influyen de una manera notable, aunque mal definida todavía. La fecundidad de los chinos es proverbial y muy débil la de los habitantes de la Polinesia.... De una manera general puede decirse que las razas latinas, y en especial la francesa, son menos fecundas que las razas eslava y anglosajona.

Esto dice el autor Nadaillac; que la disminución de la natalidad en Francia obedece, entre otras causas, á la cuestión de raza; pero el eminente discípulo de Le Play combate este postulado con lujo científico.

¿Cómo explicar, entonces, la fecundidad extraordinaria de esa misma raza francesa hasta la época de la Revolución?

¿Cómo explicar entonces la fecundidad de esa misma raza en el Canadá, en Luisiana, en las Indias, en Santo Domingo, en Italia?

Y en la actualidad, ¿cómo es que el ramal canadiense se desarrolla con una vitalidad tan poderosa que deja atrás la misma raza anglosajona? Los canadienses franceses duplican su población cada veintiocho años, en tanto que los franceses no lo alcanzan sino al cabo de trescientos treinta y cuatro. Evidentemente que no es esto cuestión de raza, tanto más cuanto que en algunas partes de la misma Francia, Bretaña por ejemplo, la cifra de nacimientos es superior.

Así, pues, el argumento de raza debe desecharse por estar en contradicción con los hechos.

Lo mismo podría decirse respecto al factor *alcoholismo*, pues según el citado autor (2), aunque es cierto que el consumo de licores espirituosos se ha triplicado en el espacio de un siglo, no es menos cierto que el consumo de los alcohólicos es menor en Francia que en los países septentrionales de Europa, en los cuales, á pesar de esto, la natalidad es superior. Y precisamente en la región de Francia más fecunda, es donde más estragos hace el alcoholismo: en Bretaña; é inversamente, en el mediodía, cuyas poblaciones consumen poco alcohol, hay departamentos en los cuales las defunciones exceden á los nacimientos; pruebas inequívocas de que el alcoholismo no tiene en Francia influencia alguna sobre la población.

Se invoca también el peso del *servicio militar*; pero este mismo servicio obligatorio existe en Alemania, sin que él influya en la población.

Los *impuestos que pesan sobre el contribuyente* podrían aceptarse como factor de despoblación si se comprobara, por ejemplo, que en aquellas regiones donde más pesara el impuesto fuera menor el número de nacimientos; y es precisamente lo contrario lo que se verifica; los Normandos, que son más ricos que los Bretones, sólo tienen uno ó dos hijos, en tanto que los últimos tienen por lo general más de tres.

Estas diversas causas enumeradas no obran, pues, de una manera sensible y hay que admitir, para explicar el fenómeno, una causa generadora superior, á la cual se subordinan los particulares del caso.

Dice Nadaillac que la *voluntad del hombre* es una de las causas principales de la despoblación de Francia; claro está que si los franceses quisieran, podrían tener tantos hijos como cualquiera de otra nación.

¿Y por qué no los tienen?

Porque son *rehacios al matrimonio*. En realidad entre los países adeptos al matrimonio, ocupa Francia el undécimo lugar; en eso son superiores los ingleses, los prusianos, los holandeses, los austriacos.

¿Y por qué son los franceses *rehacios al matrimonio*?

Por el *deseo egoísta de disfrutar una mayor suma de placeres*.

¿Y por qué este mismo deseo inmoderado de placeres no existe también entre los ingleses, los alemanes, los rusos, etc.?

Estas diversas causas enumeradas, no valen nada en sí, y debe existir una más elevada, más general; causa que obre directamente sobre la familia, que es el centro natural de la producción de habitantes.

(1) «Affaiblissement de la natalité en France».

(2) Edmond Demolins.

REPÚBLICA ARGENTINA — SILUETAS DE MAR DEL PLATA

(Instantáneas de Ghilini)

La tendencia natural de las familias es perpetuarse, revivir en sus hijos, y cuando no hay nada que se oponga a este deseo, la voluntad lo satisface; nacen los hijos, y cada nacimiento es recibido con regocijo y alborozo, porque entonces la prole, por más numerosa que sea, lejos de ser un obstáculo embarazoso, es una fuerza, es un recurso.

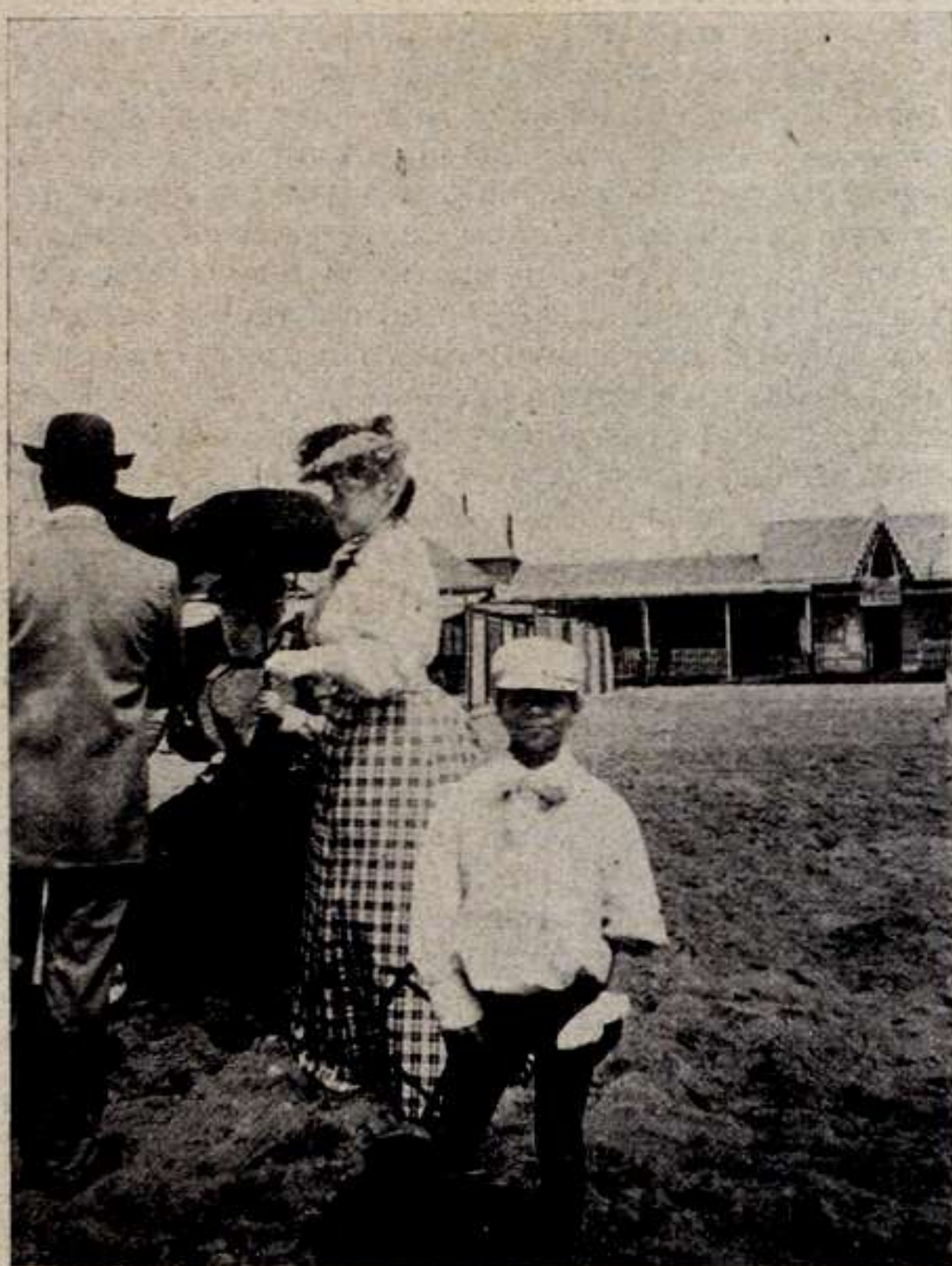
¿A qué obedece esto?

A que la gran cuestión del *porvenir de los hijos* se resuelve fácil y naturalmente, por el solo mecanismo de las condiciones sociales.

Estas condiciones sociales tan favorables a la propagación de la especie, se presentan bajo dos formas: una en las sociedades donde subsiste la comunidad de la familia, como en el Oriente, que es eminentemente prolífico, donde el sentimiento público se traduce por el proverbio característico: «Desgraciada la mujer estéril»; y otra en las sociedades de formación particularista, en las que el porvenir de los hijos está asegurado, no ya por la comunidad, sino por el desarrollo intenso de la iniciativa individual, por las aptitudes que se dan a los hijos para crearse por sí mismos una posición independiente.

¿Por qué no sucede lo mismo en Francia? ¿Por qué mueven más a compasión que a envidia las familias que tienen muchos hijos?

¿Por qué el ideal de la paternidad se limita a tener sólo dos hijos, y a veces uno solo, «el hijo único»?



LA HORA DEL BAÑO

Porque las familias numerosas son para sus padres una carga tan pesada que no tienen otro recurso que sustraerse a ella; pues para establecer los hijos no pueden contar, ni con el apoyo de la familia, ni con la iniciativa individual de esos mismos hijos, ahogada de antemano por la educación que van a recibir, sino con el dote; de modo que se encuentran en la obligación de formar tantas fortunas como hijos tengan, y esto en un tiempo relativamente corto, de dieciocho a treinta años. Así la costumbre creada por un estado social semejante, impone a los padres una tarea casi imposible, y como no pueden destruir la costumbre destruyen la raza.

Como después de cada matrimonio de un hijo, la fortuna de los padres se habrá disminuido en una cantidad igual al dote otorgado, tanto más inclinados se sentirán éstos a disminuir el número de sus hijos, cuanto que igual fortuna habrán de dar a los sucesivos que se casen; pues con el primero ya el honor quedó empeñado.

Por lo tanto, los padres no sólo tienen que formar una fortuna independiente para cada uno de sus hijos, sino reconstruir la propia para los nuevos asaltos de los nuevos matrimonios.

Y en apoyo de esta verdad viene la estadística a comprobar la influencia del dote sobre la *esterilidad sistemática*. En efecto, las clases sociales que menos hijos tienen son las más ricas, las más previsoras, es decir, los que tienen que dar dotes; y los que más tienen son los más pobres, las menos previsoras, las clases obreras que



EN LA ORILLA

dejan el porvenir de sus hijos a la *buena de Dios*.

Así en las poblaciones del norte de Francia, que son eminentemente industriales y la población obrera muy numerosa, se halla un excedente considerable de los nacimientos sobre las defunciones, pudiendo así decirse que en Francia la natalidad sólo es normal entre los imprevisores y los incapaces.

Entre nosotros (Venezuela), la idea del hogar es muy rudimentaria en las clases sociales inferiores, apenas se limita a realizar el impulso instintivo de la procreación de la especie; sin que a los progenitores preocupe mayor cosa el porvenir de los hijos; es así como son frecuentes en esas clases paternidades de 40 hijos.

Y si ascendiendo de las capas sociales inferiores a las superiores, observamos que la natalidad va disminuyendo en el mismo sentido, si bien no con la sensible diferencia que en Francia, podríamos acusar aquí el mismo fenómeno: que la natalidad va aumentando en razón inversa del bienestar económico y social.

Si entre nosotros no existe el problema del dote, podríamos explicar la disminución de los nacimientos en las familias ricas, por la infiltración, o mejor dicho, por la imitación que hacemos ciegamente de las costumbres francesas.

Renunciando así a la esperanza de formar familia numerosa y reduciendo a su minimum los gastos, los padres están en capacidad de proporcionarse la mayor suma posible de placeres, alejando de sí la idea de la economía y del sacrificio desarrollado por la necesidad de levantar una nueva familia.

Esta disminución de los nacimientos ¿es un bien o un mal?

El eminente publicista Maurice Block (3) sostiene que el aumento rápido de un pueblo es causa de debilidad, por la pobreza que de ello se deriva inmediatamente.

Para un país como la China, encerrado en sus murallas, sin dejar penetrar ningún elemento extranjero, podría aceptarse la tesis; pero los países modernos, y principalmente los europeos, son esencialmente cosmopolitas, y el vacío que la esterilidad vaya dejando en sus poblaciones lo irá llenando el flujo de población venida del exterior. Esto se comprueba en Francia, que es el país donde es mucho mayor la inmigración que la emigración. Apoyándose en cifras, sostiene M. Molinari la misma tesis:

(3) Journal des Débats.—Revue des Deux Mondes



DE COMPRAS

«Suponiendo, dice, que Francia en lugar de importar un millón de trabajadores ya adultos que llenen el déficit de su población, los hubiera producido ella misma, ¿habría gastado la misma cantidad de dinero? Para lograr un millón de hombres útiles de veinte años se necesitan, aproximadamente, 1.300.000 nacimientos, y el importe de la educación de un millón de adultos es de tres millares de millones; suma que habrá economizado Francia importando los obreros ya formados y útiles; economía que habrá contribuido en gran parte a la expansión de la riqueza pública y privada (4).

Como nuestros escasos hijos no han sido educado en la escuela ruda y severa de las familias numerosas, no están habituados a la idea de que en la vida es necesario valerse a sí mismo; no contar sólo con la propia dote o con la de la mujer; saber que la fortuna es de los más trabajadores, de los más audaces, de los más emprendedores; resulta que esos hijos no llegan nunca a ser hombres y en competencia con los comerciantes, ingenieros, alemanes, suizos, belgas, no resisten; porque estos últimos, por ser más obedientes, más trabajadores, más económicos y menos exigentes, son preferidos. Con salarios que apenas alcanzan a los obreros franceses, hacen aquellos economías; y así salvan las industrias, la agricultura, etc.; pero a qué precio! A precio de nuestro valor moral, de nuestra energía postrada, de la potencia de expansión destruida y aun de la nacionalidad lentamente sumergida en esa invasión extranjera».



EN LA PLAYA

Esta situación, pues, de las condiciones sociales de la familia, explica claramente las causas anteriormente enunciadas. La voluntad firme de tener muy pocos hijos, se comprende por la imposibilidad en que se ven los padres para formar cierto número de dotes. Y en tales condiciones el matrimonio no se considera sino como una pesada carga a la cual es necesario sustraerse.

Ese estado social produce dos resultados distintos.

Por una parte, los padres que tienen muchos hijos tienen que luchar con una situación muy difícil, llena de privaciones. En tanto que lo que tienen pocos disfrutan de una vida materialmente feliz, pueden proporcionarse mayor suma de goces, vivir con todo género de comodidades, y llevar, en fin, una vida de soltero.

Los hijos, por otra parte, acostumbrados a contar más con la dote que con su propia iniciativa, tienen muy poca tendencia a crearse una situación independiente; y de aquí que se inclinen con preferencia hacia las carreras administrativas.

De esto se deriva otra de las causas invocadas, el *agotamiento producido por el régimen escolar*, porque para rechazar del funcionariado, esa verdadera invasión de candidatos a los empleos públicos, hay que multiplicar los exámenes.

Finalmente, todos los motivos enumerados y que ejercen una acción evidente sobre la disminución de la natalidad, no son fortuitos, porque, ¿cómo se explica que tantas

(4) Journal des Economistes, 1896.

causa sobren simultáneamente en un mismo país, sin que haya una generadora superior?

Cuando un hombre comete faltas sobre faltas, errores sobre errores, puede afirmarse que existe en él un defecto de inteligencia ó de voluntad.

Otros invocan como factor la multiplicación de la propiedad.

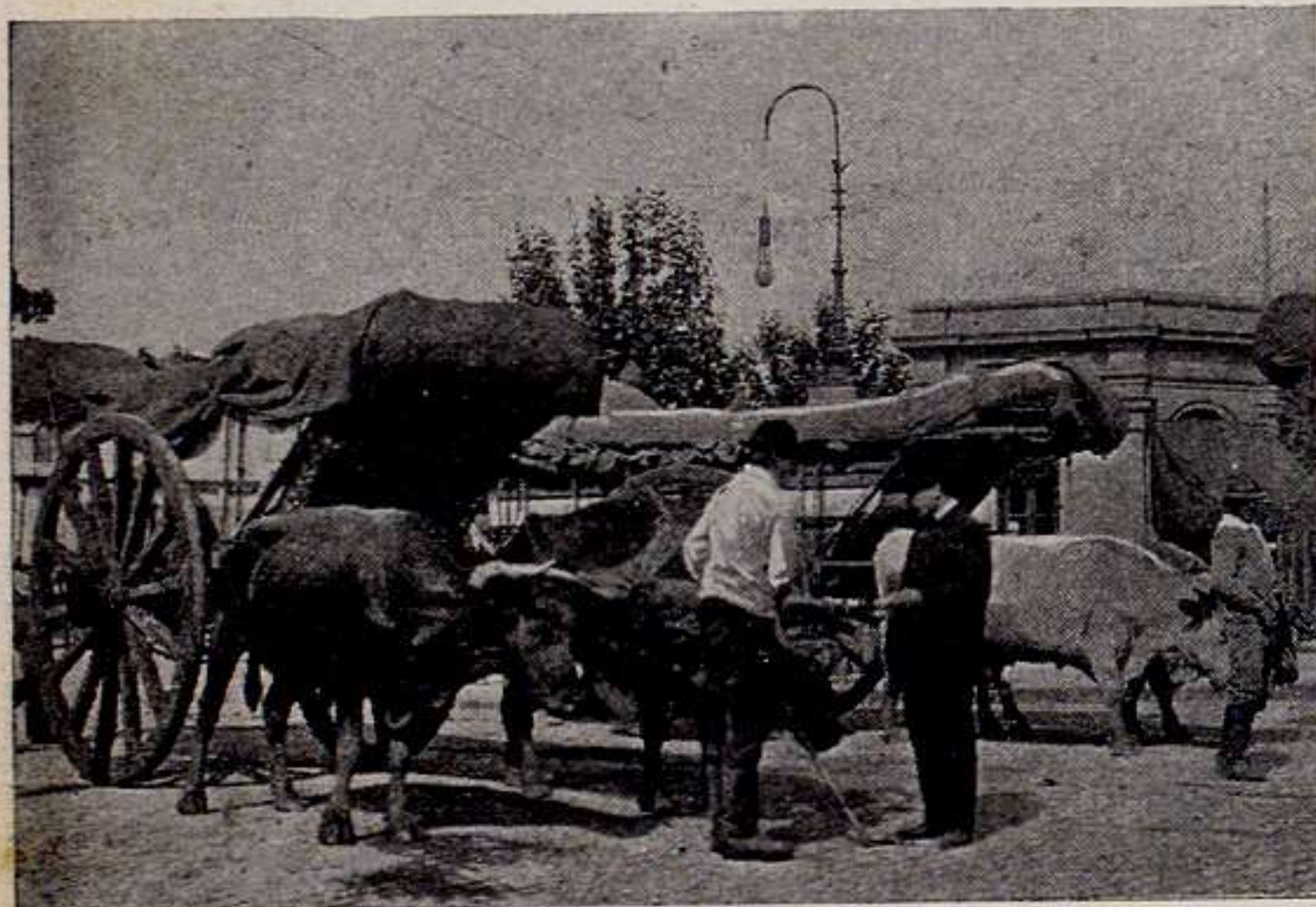
Pero esta multiplicación puede considerarse bajo dos aspectos: uno en el que la propiedad está dividida en pequeños dominios estables, transmisibles ó hipotecables por el padre, según las necesidades de la familia, en cuyo caso si influye en la natalidad disminuyéndola; y otro en la multiplicación de los derechos á las grandes propiedades, como sucede en Inglaterra, en que la natalidad es superior.

Existe otro hecho incontestable y casi general al mundo latino: es la disminución de la población agrícola á expensas de la urbana, por el desarrollo de las grandes capitales.

El aumento de las ciudades puede avaluarse en las cinco séptimas partes de la población total; lo cual es sustraer brazos á la industria madre, que es la agricultura y atacar directamente la prosperidad nacional, sabido como es que la natalidad es menor en las ciudades que en los campos.

ELÍAS TORO.

Caracas, 1898.



CARRO CHACARERO

HISTORIA DE UN PESCADOR

La tranquilidad del tiempo nos invitaba á seguir pescando toda la tarde.

A la verdad, que nosotros teníamos mucho valor, pues ya no se veía la costa, cuando nuestro pequeño bote quedó repleto de muy buen pescado. No íbamos en él más que mi amigo Alejandro L., el doctor Dickens y yo, naturalmente sin contar al barquero, que remaba vigorosamente, sentado en su barco cerca de la proa.

Era muy joven nuestro botero, pero ya se conocía que muchas veces había trepado sobre los icebergs, en busca de las focas, que se había deslizado vertiginosamente con su canoa tras una ballena ya herida.

En sus ojos grises y su cara joven, que reflejaba las arrugas del agua, se veía toda la resolución pasiva, pero heroica, de los hombres de mar; y su gorro de piel, y sus brazos nudosos, y sus dientes blancos, muy chatos y pequeños, dejaban adivinar en aquel pobre muchacho, la raza dura y fuerte de los pescadores de Finlandia.

Nuestra conversación se animó mucho, cuando tendimos las velas para regresar.

El doctor Dickens tenía, como siempre, muchas historias que contar: nunca he visto un narrador tan ameno como él. Aquel día, nos habló de arte, de literatura, de medicina, y no habían transcurrido diez minutos, cuando hizo caer la conversación sobre su tema favorito, el mar y la pesca.

En cuanto hablamos de los pescadores, nuestro botero abrió mucho los ojos y nos empezó á oír con marcada atención; no perdía una palabra de lo que decía mi amigo, y de cuando en cuando exclamaba



BUENOS AIRES — EL MERCADO DE ABASTO

asombrado: — ¡Oh! tiene razón el doctor! — dándole ya el título, por habernos oído.

Al fin, como Dickens siguiese hablando con gran talento sobre la pesca en los mares del Norte, el botero lo interrumpió diciéndole con gran respeto:

— ¿El señor ha sido del oficio?

Nuestro amigo se sonrió ante esta franca interpelación.

— ¡Ah! ya lo creo, dijo en seguida; pescador, no; pere he vivido con ellos allá, en Finlandia... me entendéis? ¡Son tan buena gente los pescadores de Finlandia!

Y el doctor siguió diciendo sin dejarnos hablar:

— No debe asombrar á nadie que yo, que he viajado mucho por esos mares, que son azules en una época, para volverse blancos en la otra, haya visto más de una vez las bandadas de puntos blancos que cruzan continuamente el horizonte en ciertas épocas del año.

Los viajeros creen al pronto que son otros tantos petreles que van á invernar hacia el Sur; pero su vista los engaña: esos puntos blancos, brillantes, no son otra cosa que las barquillas de los pescadores. Ellas van en largas filas, por los parajes más solitarios del mar, lejos de los navegantes y de las rutas frecuentadas, y antes que el primer rayo de sol vaya á secar las velas mojadas de sus barcas, ellos ya están entregados á su trabajo rudo y viven envueltos por la neblina salobre que se eleva del mar, y enfriados siempre por la bruma del Norte, que viene helada como el aliento del Septentrión.

¡Ah! es muy mala la vida de los pescadores; lo único es que, tal vez esto mismo, los haya hecho también á ellos por dentro. ¡Pobre gente! Yo la amo mucho, porque he vivido una temporada en Fritjof, hace de esto como cuatro años.

— ¡El señor ha estado una vez en Fritjof? — preguntó interrumpiéndole el barquero. — ¡Ah, señor! yo he vivido mucho tiempo allí. Es muy bello Fritjof, ¿no es verdad? Con sus aguas tan mansas siempre y plateadas como los rayos de la luna ó como el vapor que se forma en torno de la ballena herida. Y la calma que hay siempre en la bahía, ¡porque el Walrus duerme en el fondo hace muchos años! ¡Y sus costas tan blancas y bajas que parecen abrir los brazos á los marinos durante la tempestad! ¡En los malos días, me he refugiado tantas veces en ellas!

— Pues bien, amigo mío, prosiguió el doctor, allí en Fritjof, durante mi estadía, tuvo lugar un suceso que pinta la gran miseria de aquellos pobres pescadores.

¿Conocistes á Miguel?



LAS VERDURAS EN EL PATIO DEL REMATE

— ¿A Miguel Mikelawich, el Ruso? — preguntó el barquero.

— Justamente.

— Ya lo creo, señor; ¡si fué hace años mi camarada!

— Pues bien: Miguel Mikelawich era un pescador de Fritjof; no tendría más de treinta años cuando lo conocí: era todo un robusto y honrado mozo, y pasaba por ser el cazador más diestro de la comarca.

Un día, se aburría de comer pescado, que constituía siempre su mismo alimento, y resolvió tomar su barca é ir en busca de alguna foca extraviada, á causa de la mala estación; la foca es muy agradable cuando no se tiene otra cosa.

Y fué así que no se vió más, ni á Miguel ni á su barca, ni á su arpón. Al caer la tarde, sin decir una palabra á nadie, se hizo á la mar y desapareció con rumbo el Norte.

Durante la ausencia, me llevaron á visitar su pequeña casa. Allí encontré á su mujer, muy delgada, de ojos azules y de cara inmóvil, y á sus dos hijitos sumidos en la más fría miseria.

Una mala cama y una gran red suspendida del bajo techo, era todo el mueblaje del cuarto, alumbrado por una candileja de aceite que hacía desprender el aire congelado de las paredes.

Miguel no había vuelto todavía.

Sin embargo, no transcurrieron muchos días, cuando una mañana Miguel se presentó en Fritjof. Sus camaradas fueron á recibirlo, pero la



COMPRADORES AL POR MAYOR

barca estaba fría y mojada: en su expedición no había podido cazar ni una foca, ni una morsa, ni conseguido un pescado siquiera.

Estaba muy extenuado y muy flaco Miguel, cuando entró de nuevo á su habitación.

¡Ah! la empresa había salido mal.

Y el invierno frío, helado é implacable que pone azules las carnes y paraliza la sangre y descolora los labios, se presentaba para él sin comida y sin fuego, arrojándolo como á un mendigo á golpear las puertas cerradas de sus compañeros, que, casi aletargados en la mala época, esperan el primer deshielo para emprender sus lejanas expediciones.

Todo esto se agolpó en el cerebro de Miguel, y pensando en el porvenir sombrío que le esperaba á él y á su familia, se encerró en su pequeño cuarto, no sin antes empujar brutalmente para afuera á su mujer y á sus hijos.

Sus camaradas, al regresar del trabajo, se detuvieron delante de la casa, al ver el llanto de la pobre mujer, cubierta ya por la nieve que caía en grandes copos.

Algunos pescadores se llevaron á los niños y las mujeres cargaron con la esposa de Miguel, que estaba entumecida de frío.

Mientras tanto, todo el pequeño pueblo se había agrupado delante de la puerta para golpear tres veces: — «Miguel Mikelawich, Miguel Mikelawich, Miguel Mikelawich!» dijeron en voz alta; pero nadie les contestó. Por otra parte, mal podía haberlo hecho Miguel Mikelawich, porque estaba muerto. Se había suicidado brutalmente con su propio arpón...

El doctor se detuvo aquí y nosotros mirábamos al barquero, que había dejado los remos y estaba inmóvil, con los ojos muy abiertos, mientras una gruesa lágrima corría por los surcos que en su mejilla había abierto el aire del mar, al mismo tiempo que decía muy despacio:

—¡Cómo habla de bien este extranjero! ¡Oh! ¡pescar aquí es la muerte! Es horrible la vida durante el invierno, cuando el frío paraliza los miembros y destroza la carne. Hay que luchar siempre contra el hambre que nos asalta y nos rodea por todas partes, y á veces se deja uno llevar de la desesperación. ¡Yo hubiera hecho lo mismo que Miguel Mikelawich!



EL GALLO DEL CAMPANARIO

La villa de Saint Vrain está, con justicia, orgullosa de su iglesia, que es un monumento del arte ojival.

Fué construida por los agustinos, quienes quisieron que el campanario del templo superase á todos los de Borgoña.

Este campanario se eleva en su solo cuerpo hasta la altura de trescientos pies, y desde allí, sobre una plataforma, rodeada por un balconcillo de hierro forjado, sube cien pies de elevación una aguja coronada por una cruz.

Los arquitectos no habían dispuesto ninguna subida hasta ella, pues á partir de la plataforma no hay escalera exterior ni interior.

Un accidente inesperado infirió en cierta ocasión grave menoscabo á la majestad del monumento, arrancándole la más alta de sus insignias. El rayo había herido al gallo del campanario, destruyéndolo por completo.

Este hecho causó gran sensación en el pueblo. Las gentes supersticiosas veían en ello un presagio funesto para la iglesia, para la población y para las cosechas. Y, según la general creencia, no había esperanza alguna de remplazar el gallo, puesto que se tenía por cosa imposible llegar hasta la punta de la aguja para colocar allí otro.

Sin embargo, el deán de Saint Vrain dijo un día á sus feligreses, que el animalillo iba á ser substituido, produciendo la noticia gran alborozo en el pueblo.

La Junta parroquial, después de largas deliberaciones, acordó que el gallo debía tener las proporciones de un carnero; que se construiría de zinc galvanizado; de dos milímetros de espesor y unos diez kilogramos de peso, y que sería construido en París.

Al cabo de quince días llegaba el gallo á la casa rectoral, donde fué expuesto á la curiosidad de los fieles.

Conocido el lugar de la escena y el prólogo de la tragedia, ha llegado el momento de presentar á la víctima, que no es otra que el hombre que acaba de entrar en la sala de la casa del párroco.

Gorra en mano escuchaba las palabras del sacerdote, meneando la cabeza á medida que le explican lo que ha de hacer, y calculando las dificultades y el importe de su trabajo. Al fin fija el precio de su faena, detallando el costo de la percha, de las cuerdas, de los ganchos y de los anillos que ha de utilizar en su arriesgada empresa y una vez cerrado el trato, saluda sonriéndose y se retira.

Al día siguiente, al amanecer, el valiente plomero sube los peldaños del campanario, seguido de dos ayudantes, que conducen hasta la plataforma el gallo, la pértiga y el cordaje.

El pueblo en masa se agita en compacta muchedumbre al pie de la torre, cuando de pronto surge de entre la multitud congregada en las calles y plazas, una especie de rugido sordo y prolongado: el plomero está ya en la plataforma.

Medio atravesado en el hueco de la puertecilla, tira de algo, al parecer: y, con efecto, desarrolla cordeles, que pone cuidadosamente encima de los bordes del balconcillo. En seguida se ve enderezar á lo largo de la base de la aguja, una pértiga más alta que él y por fin aparece el gallo, que queda colocado entre el balconcillo y la pared.

Nuestro hombre da vuelta á la aguja y la rodea con un cordel muy grueso, cerrado por un nudo corredizo. Por dicha cuerda pasan otras dos, que cuelgan y van á atarse, la una al gallo y la otra á la percha.

El plomero da comienzo á su ascensión, por medio de una maroma cuyo nudo aprieta hasta que la adhiere lo suficiente á la techumbre de la aguja; y entonces, haciendo hincapié con las rodillas y las manos, se alza de costado, elevándose un poco á cada movimiento y trazando así la primera vuelta de una espiral que le conduce á la primera piedra saliente de una arista. Una vez allí, fija en ella un gancho sujeto al pecho por una correa de cuero, y, libres ya las dos manos, aprieta aun más el nudo corredizo de la maroma y da otra vuelta, subiendo hasta la segunda piedra saliente.

Durante una hora, más larga que un siglo, le vieron dar cuarenta vueltas, cada vez más de prisa, puesto que la subida era más fácil, conforme disminuía el diámetro de la aguja.

De este modo llegó á estar con la cabeza al nivel del relleno circular que sostiene la cruz, y cuando lo consideró oportuno izó hasta sí el gallo, que había dejado en la plataforma al pie de la aguja.

Ignoro si á algún músico se le habrá ocurrido



INTERIOR DEL MERCADO DE ABASTO

la idea de escribir las notas del coro de aullidos de una muchedumbre transportada por el delirio del entusiasmo. Cuando por fin la multitud vió erguirse aquella figura en el aire, frenéticas aclamaciones ascendieron con terrible armonía hasta el infeliz que las había promovido.

Aquello fué su perdición.

Hasta aquel instante fatal no había penetrado en el cerebro de aquel hombre humilde la idea de que pudiera pasar á los ojos de sus ciudadanos por un sér excepcional y digno de la admiración de las gentes.

Pero ante la explosión de todas aquellas almas, sus ojos que nunca habían visto la irradiación de la gloria, abriéronse deslumbrados como heridos por una luz mágica y sobrenatural.

¡El, que hasta entonces no había conocido sino la miseria de la humanidad, comprendía de repente su grandeza y sentíase revestido de toda su majestad! ¿Qué podía hacer el pobre hombre para corresponder á aquel entusiasmo, cuyos ecos giraban en torno suyo como un torbellino?

Los espectadores vieron que se bajaba para levantar con un hombro los restos del antiguo gallo, que cayeron rebotando con estrépito á lo largo de la flecha y fueron á detenerse en la crestería de la techumbre de la iglesia. Y entonces, cogiendo el gallo por la cola, lo introdujo en el eje destinado á sostenerlo. Se bajó de nuevo, dióle movimiento giratorio y un grito de la muchedumbre saludó la primera vuelta que acababa de dar el nuevo gallo del campanario.

Ya no le faltaba al infeliz más que bajar.

Pero aquel grito de triunfo exhalado por las masas, le arrebató por completo el escaso uso de razón que le quedaba.

Un impulso de orgullo le inspiró la loca idea de superar á todo cuanto le habían visto hacer, con un rasgo de audacia aún más increíble.

Montó á horcajadas en el gallo y lo puso en movimiento.

Al ver el gentío aquella tremenda locura, detúvose mudo é inmóvil, suspenso el corazón, entreabiertos los labios, mirando girar y girar y más girar el gallo.

Pasó un minuto, pasaron dos.... tres.... cuatro.... cinco minutos.

El plomero, que al principio saludaba con la gorra, estaba á la sazón inclinado hacia adelante, estrechando entre sus brazos el cuello del animal. Trató de pasar atrás una de las piernas por encima de la cola; pero sea que le faltase ya la sangre fría, sea que el obstáculo fuera demasiado alto, el caso es que no pudo conseguirlo. Alargando las piernas intentó otra vez alcanzar á la flor de la cruz; pero agitóse inútilmente en el vacío.

Y el gallo seguía girando sin cesar.

Los espectadores se miraban aterrados y no se atrevían á hablar.

Al cabo de un cuarto de hora se detuvo el gallo; pero se veía con espanto al hombre inmóvil siempre, con las piernas enganchadas entre sí y con los brazos abiertos.

Alguien dijo que era preciso avisar al cura, que se hallaba en la sacristía esperando el término de la operación.

El párroco hizo llamar al médico á quien suplicó que le prestase el anteojo que tenía.

Pocos minutos después, al mirar el doctor por el ocular para graduar el instrumento, dió un salto hacia atrás y lanzó un grito de terror.

Al oír el grito, el sacerdote miró á su vez.

En el círculo negro del objetivo, destacándose sobre el fondo claro del cielo, se veía al hombre tieso é inmóvil como una estatua.

El cura, que estaba petrificado de horror, se postró de rodillas, y alzando al cielo los brazos abiertos y los ojos llenos de lágrimas, exclamó sollozando:

—¡Dios mío, inspírame lo que debo hacer para salvar á ese cristiano!

Pero la salvación del plomero era imposible. No había medio de acudir en su socorro, pues en la construcción de un andamio se hubieran invertido diez ó doce días y algunos miles de francos, de los que no disponía la parroquia.

Cuando el cura se convenció de que nada podía esperarse de los hombres, dijo al médico:

—¿Vive aún?

—Quizá; pero en estado de catalepsia.

—¡Sé lo que debo hacer! — exclamó el párroco.

Y con el médico y dos aldeanos se dirigió á la sacristía. Poniéndose el sobrepelliz, el alba y la estola, les anunció que quería subir á la plataforma, para enviar desde allí al moribundo la absolución *in articulo mortis*, y les rogó que subiesen con él para asistirle y sostenerle.

Al fin, se le vió en la plataforma, con el ritual en una mano y dando con la otra la bendición, y con el cuerpo abalanzado al espacio y las alas de su sobrepelliz agitadas por el viento, parecía un ángel pronto á subir al cielo.

En aquel momento sublime, la multitud cayó de hinojos; y, mientras el sacerdote enviaba al moribundo el postrer adiós del cristiano, veíase elevarse desde abajo, mezclado con el doblar de las campanas, un murmullo de oraciones y sollozos.

A la caída de la tarde los cuervos empezaron á revolotear, dando vueltas en torno del campanario, y al día siguiente acudieron los buitres de la montaña.

El gallo no da vueltas y el viento arranca de cuando en cuando los girones de los despojos mortales de que está cargado.

Y no gira el gallo, porque tal vez ha obstruido el eje la sangre de las heridas abiertas por las aves de rapiña.

Y dícese que así ha de quedar hasta la consumación de los siglos, inmóvil como las piedras de la iglesia á que está sujeto.

EUGENIO MOUTON.



MEDALLÓN

Al poeta Antonino Lamberti.

Sobre la inmensa nada de la tierra,
Se proyectan los siglos
Como una nube de águilas, sedientas
De sombra y exterminio.

Nada queda ante el luto de sus alas,
Todo cae al abismo,
Y ellos tan sólo, en victorioso vuelo,
Remontan el vacío.

A su imperio, le deben sus conquistas
La muerte y el olvido;
Su asiento es la necrópolis del tiempo,
Su patria el infinito.

PEDRO J. NAÓN.



LITERATURA AMERICANA

«El Pensamiento de América». — Belkiss. — Un libro extraño
ño. — Las montañas del oro.

El importante diario el *Caffaro* de Génova dedica, en uno de sus últimos números, á los libros arriba anotados, el juicio crítico que traducimos á continuación:

Luis Berisso: caballero amable, apasionadísimo por el arte, amigo de toda celebridad artística; de Massini á Tamagno; compañero fraternal del maestro argentino Arturo Berutti, el autor de *Evangelina* y del tenor Stapanoni, cantante de porvenir; se manifiesta ahora literato, pensador, artista elegante y severo, amable siempre, en un libro suyo publicado recientemente en Buenos Aires: *El Pensamiento de América*.

Este libro es un trabajo, en general, de pulso, que revela idealidad vasta, maduro criterio psicológico y social y que de cada una de sus páginas se desprende una vida y una sinceridad que retemplan de veras nuestras almas minadas por el escepticismo.

Es un libro que, traducido, también en Italia sería interesantísimo, pues presenta un cuadro ampliamente iluminado y netamente típico de la vida intelectual de América.

Se compone de bocetos críticos y psicológicos, en los cuales delinea á los más conocidos literatos, filósofos y estadistas del Nuevo Mundo. Vemos desfilar delante de nuestra imaginación, entre otros, á Mariano Moreno, Rubén Darío, Jorge Isaacs, Vicente Fidel López, Benjamin Vicuña Mackenna, Juan C. Lafinur y Matías Behety. Y no desfilan rápidos como fantasmas, ó débilmente esbozados á rasgos vagos, convencionales é inciertos, sino que, por el contrario, tienen nitidez característica de relieve, de tal modo, que quedan en la mente como tipos enérgicamente esculpidos, cada uno con un aire y una fisonomía especial.

Su intuición es rápida, su criterio sagaz; lo que Goethe llama *segunda vista*, es vivaz y penetrante; sus principios estéticos, son firmes, claros y maduros. De ahí que su estilo tenga fuerza sugestiva, densidad enérgica, y cuanto es necesario para convencer.

Para probar la sinceridad—elemento precioso en un libro tejido de juicios sobre hombres y sobre cosas delicadísimo— para probar la sinceridad de hombre y de artista en el señor Berisso, diremos que algunas páginas nos parecen menos pensadas y algunos juicios menos madurados; y el estilo, aquí y allá, menos decidido y característico.

Pero he aquí que el señor Berisso declara que los bocetos que constituyen el volumen, fueron escritos al través de varios años y al través, por lo tanto, de la ascendente madurez de su experiencia; y confiesa que no ha querido ni corregirlos ni retocarlos, para que no perdiesen su primer y natural carácter de verdad objetiva, ó, como él precisamente dice: «su sello primitivo y su frescura peculiar», agregando: «habrían corrido el riesgo de no volver á aparecer». Por esto, al pie de cada boceto ha puesto el año en que fué pensado ó escrito.

De su alma vibrante hay en esas páginas un soplo entusiasta, una luz rosada que lo envuelve todo, figuras y ambientes, haciendo así, á la vez, obra de pensador y de artista.

Repetimos: *El Pensamiento de América*, traducido, resultaría interesantísimo también en Italia y se haría, á los más, necesario para adquirir un conocimiento exacto de la vida intelectual de América, donde nuestro país cuenta ya con tantos hijos.

Conocemos también asimismo, de Luis Berisso, la traducción del portugués, del poema dramático *Belkiss*, de Eugenio de Castro. Es una labor que por sí sola bastaría á revelar una compleja alma de artista y de psicólogo, puesto que para hacer artísticamente bien una traducción, es necesario saturarse del pensamiento y del sentimiento del autor que se quiere traducir; es preciso absorberlos, y casi fundirlos con los propios; es preciso ponerse en su mismo punto de vista; hacerse sugestionar por él en una palabra. Y para alcanzar este fenómeno psíquico, es necesario tener por lo menos una analogía psíquica. Ahora bien: si hay una obra difícil de traducir, es un volumen de Eugenio de Castro, puesto que este poeta es una evidente derivación de Poe, Villiers de l'Isle, Adam, Barbey, d'Aureville, Verlaine, etc., un simbolista, un decadente, difícil de comprender, y por lo mismo igualmente difícil de traducir.

Las suyas son á veces fantasías estéticas que hacen pensar á la vez en las telas de anómalos efectos de luces policromas del exquisito pintor francés Bernard, y en las extravagancias morbosas de *Des Esseintes*, el ultrarefinado protagonista de *A Rebours* de Huysmans. En él, la manía de lo nuevo, de lo extraño y de lo inusitado, lo empuja á caprichos que casi le hacen caer en la exageración que se ha reprobado á nuestro Mazzini y al español Góngora. A veces, en cambio, es todo efusión mística, como si escribiese bajo la acción hipnótica de la *Sagesse* de Verlaine, y esto aparece especialmente en su volumen *Houas*. En otras ocasiones, es triste, espectral, cínico, macabro, como en el *Interludio*, que merecería ser dedicado al belga Henry de Groux, el ténico magnificador de la muerte.

Se encuentra en esta obra algo del Baudelaire del *Spleen* y de *Carogne*, algo del Rimbaud, sin la *cranerie* mistificadora, algo de Laforgue, sin el util humorismo, y del Rollinat de las *Névrotes*, pesimismo fosco, alternándose con fulgurantes trozos de romanticismo, hasta tal punto, de parecer por momentos un trasplante de Manfredo, de Werther y de René. Ahora bien, Berisso, traduciendo *Belkiss*, ha tenido la visión, la intuición neta de todo esto, y—mérito supremo—ha sabido hallar en la propia mente y en el propio estilo, todas las tintas, los matices, las expresiones y los desdoblamientos necesarios para alcanzar las dotes típicas, que constituyen á punto la originalidad subjetiva y objetiva del poema del poeta de Coimbra. Figurémonos que de Castro hasta ha tentado transplantar en la poesía, el procedimiento de los *leit motifs* de Wagner; buscando á propósito que en el lenguaje particular de los personajes se sintiese el carácter peculiar de cada uno de ellos. Por esto el monólogo de *Belkiss* es vago, ardiente, femenino, de tonalidades insinuantes; el de *Zophesamin* grave, lento, nítido y preciso; el de *Horst* incierto, descuidado, casi áspero.

Y tales características ha sabido Berisso mantenerlas—valor excelso—en su traducción.

Terminamos: Conociamos en Luis Berisso al caballero; estos trabajos nos revelan al artista. Correcto el primero, agradable el segundo; el uno perfectamente digno del otro.

También de Buenos Aires hemos recibido otra obra de título eminentemente sugestivo: *Libro Extraño*, libro extraño, nacido de fondos sombríos, altamente dramáticos, propios de la escuela

flamenca, de los cuales surgen más netos y decididos los tipos.

El autor, Francisco Sicardi, debe de ser un psicólogo de primer orden, más aún, un psiquiatra de la escuela de Lombroso, Morselli, Tebaldi Ellero y Nordaux, el celebrado autor de *Degeneración*. En efecto, cada novela de este *Libro Extraño* está basada sobre un caso psicológico excepcional, que el autor trata de analizar y viviseccionar con frialdad y agudeza anatómica. Y lo consigue; esto es, consigue presentar caracteres anormales, huracanes psicológicos, dignos de clínica, y los estudia y los clasifica con positivismo científico, despertando en nosotros emociones nunca probadas.

Es de veras un libro excepcional, de suma actualidad, en el cual el grito no es ya *el arte por el arte*, sino el arte por la ciencia, el positivismo en acción; Bichat, Spencer, Darwin, en un drama ó en una novela.

Sicardi tiene el gran mérito de hacer todo esto con tacto y con medida, puesto que si es verdad, que actualmente Victor Hugo ha cesado de hacer fulgurar sus románticas antitesis, si Longfellow duerme desde hace años en el cementerio *Monut Auburn*, y Fennynson en su *Cottage* de la isla de Wight; si es verdad que el romanticismo alemán da sus últimos suspiros en las canciones medievales de Scheffel y en las novelas greco-egipcias de Ebers y de Echstein, no se deduce de ello que nuestro método deba ser el solo método experimental, nuestras únicas musas la biología, la antropología, las ciencias positivas; nuestro *arte poético*, el análisis y la vivisección. *Est modus in rebus*, y Sicardi tiene la medida justa, puesto que su forma, aún siendo positiva, sus tipos, rigurosamente verdaderos y los casos tomados como estudio, extraños y anormales, no son jamás absurdos delante del sabio y del psicólogo; no son inverosímiles; por el contrario, después del análisis del escritor, logran persuadirnos y hacernos estremecer ó llorar, porque sobre la vivisección del psicólogo anatomista, el artista sabe echar el velo rosado de la inspiración.

Conozcamos ahora un originalísimo temple de poeta sudamericano: el señor Leopoldo Lugones. De sus *Montañas del Oro* se desprende de veras un fulgor de imágenes aladas, radiantes, que deslumbran la vista. Se comprende que allí dentro hay el fervor de una imaginación juvenil que canta, apasionada y tumultuosa. No todo es ordenado, conexo, justificado; pero los años—él cuenta apenas 24—un criterio más maduro, una visión más neta de las cosas y de los ambientes, y la experiencia de la vida, quitarán cuanto hay de desenfadado y de superabundantemente trascendental en este joven escritor, decadente simbolista, dejando en él, siempre viva, y más útilmente fecunda, la fuente primera, congénita de lo bello, que es el corazón. *La source de notre génie c'est notre cœur*—ha dicho Renán—y Lugones debe poseerlo noble y apasionadísimo.

POR FIESTAS Y TEATROS

Si de evolución se trata, no creo que el arte gane mucho con la que se ha iniciado y *perdura* en el teatro de la «Comedia». El hecho está ahí y justo es que lo anotemos en esta rápida crónica de nuestros espectáculos teatrales.

Del género chico, en que impera lo malo y lo mediano, al género *gauchesco*, el salto es formidable, y no lo llamamos «salto atrás» por no caer en la terminología de la ciencia médico-legal y engolfarnos en el estudio del «atavismo» y sus múltiples fases y caracteres.

Se representaba *Los dos veteranos* (que aquí para *inter nos*, no dieron juego) y hacían falta en la representación los hermanos Podestá, *exclusivos* en el género criollo puro. Pero... la empresa pasó á mayores, y la escena criolla (en la que si hay algo bueno, está adobado de modo *poco grato* para los paladares ciudadanos) impera, llenando los carteles en funciones sucesivas, en la mayor parte de los programas.

¿A dónde vamos así?

Por mucho que contra el género *diminuto* digamos, aunque estemos cada vez más «cargados de razón» en vista de los traspies que noveles autores de *allá* y del país, dan en ese género, todavía, y de cuando en cuando, pueden presentarse estrenos como *Los motes ó El sastre de Alcalá*, que, aunque no de lo mejor de Pablo Parellada, presentan un argumento sencillito, bien ligado, con gracia, interés é ingenio, que se hace aplaudir, que gusta, con intérpretes como Vega, Rosa y Perdigüero; y que es, acaso, el único éxito de la quincena en el teatrillo de la calle de Artes.

Juárez, que anda á caza de cuanto bueno se anuncia en Madrid, nos presentó en el «Mayo»,

Los tres millones ó la plaza Mayor, de López Silva y Fernández Shaw, con música de Valverde (hijo).

Los elogios de la prensa madrileña eran grandes: aquí, el público... dijo bien y... nada más.

Es trivial en su argumento, sin interés en sus escenas, sin gracia en su estructura, y... lo peor de todo, *sin novedad*.

La señora Montilla sostuvo el sainete... ayudada por los compañeros de escena y... hasta otra.

Como de músico, poeta y loco, todos tenemos un poco, según el refrán, el escultor hispano Oliver hizo ó compuso *La muralla*, y presentada discretamente en el «Mayo» gustó al público y se aplaudió... á pesar de su excesivo romanticismo, ó quizás... por eso.

El primer cuadro ó acto de «La muralla» es modelo de buen teatro. Está bien presentado, bien dialogado, con animación, con vida, sin exageraciones ni abuso de recursos escénicos y hasta nos atreveríamos á decir que con verdad. En los actos segundo y tercero, reunidos en un solo acto para la representación en el «Mayo», el interés está menos sostenido bajo el punto de vista escénico y la vena literaria decae también un poco, hasta el final, de un crudo y dramático romanticismo, un tanto *cursi*.

En resumen:

La muralla ha sido bien representada en el «Mayo», distinguiéndose la Alba, Mesa, Juárez y la Martín.

Y *La muralla*, — puesto que el público no tiene para qué examinar aquellas cosas ni tienen para qué juzgar otra cosa que, estrictamente, lo que le presentan,—ha gustado al público que, como decíamos, le ha dado un éxito entusiasta, verdadero y franco.

Y pare usted de contar: á teatro chico... crónica chica.

RENÉ.

DON JUSTO JOSÉ DE URQUIZA

El brigadier general don Justo José de Urquiza, cuyo retrato damos á la publicidad en el presente número, nació en el departamento del Uruguay, provincia de Entre Ríos, el 18 de Octubre del año de 1801.

Recibió su primera educación en la ciudad de Buenos Aires, en el *Colegio de la Unión del Sur*, y empezó muy joven, á tomar participación en la política de su provincia natal, siendo gobernador el general don Lucio Mansilla, en cuya administración fué empleado.

En 1825, fué diputado á la legislatura Entrerriana, y sargento mayor de milicias.

Emigrado á la provincia de Corrientes, regresó á Entre Ríos después de la revolución del 1.º de Diciembre del año de 1828, que estalló en Buenos Aires, habiendo mantenido relaciones políticas en la Banda Oriental con el general don Juan Lavalle, jefe del partido unitario y sus adictos.

Acompañó en carácter de secretario al gobernador general don Ricardo López Jordán, en los combates de 1830 y 31, y siendo vencido aquél con sus tropas, fué á buscar asilo, otra vez, en la Banda Oriental.

En 1832, fué nombrado jefe del departamento del Uruguay, por el general don Pascual Echagüe, bajo cuya administración desempeñó un papel muy importante, asistiendo á la acción de *Pago-Largo*, en la provincia de Corrientes, y á la de *Cagancha*, en la Banda Oriental.

Urquiza, de día en día, fué aumentando su prestigio político, hasta que llegó á ser electo gobernador de Entre Ríos y, entonces, intentó pronunciarse contra don Juan Manuel de Rozas, bajo cuya tiranía se hallaban oprimidas las provincias de la República, y derrocarlo.

En efecto, el 3 de Febrero del año de 1852, después de dolorosos sacrificios, obtenía la victoria en la batalla de *Caseros*, en que el tirano era vencido para siempre.

Fugitivo Rozas del campo de batalla, se refugió en un buque de guerra británico que le condujo á Inglaterra, donde pasó sus últimos años de vida, falleciendo en Southampton, el 14 de Marzo del año de 1877.

Urquiza vencedor, y deseando constituir todas las provincias en una sola nación, pues éstas habían quedado desunidas las unas de las otras, convocó á todos los gobernadores á un acuerdo en la villa de *San Nicolás de los Arroyos*, en la provincia de Buenos Aires, acuerdo que se celebró el 31 de Mayo del año de 1852, conviniéndose en constituir la nación bajo el *sistema federal* y que Urquiza quedara como director provisional.

Pero la Legislatura de Buenos Aires protestó de aquel acto, negando á los gobernadores el derecho de conceder poderes nacionales sin previo consentimiento de los pueblos y sosteniendo que no reconocería acto alguno de los diputados que se reunieran en el Congreso de Santa Fe, en el mes de Agosto, por él establecido.

Urquiza, entonces, mandó suspender las sesiones, ahogó la palabra escrita y pretendió ocupar el puesto de Rozas, siguiendo su mismo sistema.

En vista de su proceder, los hombres más distinguidos de Buenos Aires fraguaron una revolución, que estalló el 11 de Septiembre de ese mismo año, en circunstancias que él instalaba el congreso constituyente en Santa Fe.

A pesar de que Buenos Aires se separara de la Confederación, el Congreso de Santa Fe dictó la *Constitución nacional*, el 1.º de Mayo del año de 1853, que fué reformada más tarde, y, el 5 de Marzo del año de 1854, verificó la elección del primer presidente de la República — cargo que recayó en el mismo general Urquiza.

Mientras tanto, Buenos Aires permanecía aislada, y Urquiza que anhelaba la integridad nacional, trató de vincular esta provincia á sus demás hermanas por medio de las armas, teniendo lugar, el 23 de Octubre del año de 1859, en *Cepeda*, el encuentro de las fuerzas de la Confederación con las de Buenos Aires, en que él salió vencedor.

En consecuencia de este suceso, el 11 de Noviembre de ese mismo año, se celebró en *San José de Flores*, un tratado entre la Confederación y Buenos Aires, por el cual ésta se declaraba parte integrante de la nación argentina, aceptando y jurando la *Constitución* que antes debía ser revisada en una convención provincial, luego que una convención nacional sancionase las reformas propuestas.

Reunida, pues, en Buenos Aires la convención de la provincia, formada por sus hombres más caracterizados y aceptadas ciertas modificaciones, Buenos Aires juró la *Constitución*, el 21 de Octubre del año de 1860.

El presidente Urquiza tuvo por sucesor al doctor don Santiago Derqui, haciendo la transmisión del mando en el Paraná, el 5 de Marzo de dicho año.

Pero, el 17 de Septiembre del año de 1861, se encontraron nuevamente los ejércitos de Buenos Aires y de la Confederación en la batalla de *Pavón* y, esta vez, la victoria favoreció las armas de Buenos Aires, al mando de su gobernador el teniente general don Bartolomé Mitre, reasumiendo así su soberanía las provincias, y quedando derrocado el gobierno que presidía el doctor Derqui.

Mitre asumió el Poder Ejecutivo Nacional, con la precisa condición de convocar un congreso, como lo disponía la *constitución*, para restablecer el régimen legal—lo que se efectuó después de poco tiempo.

Urquiza, después de la batalla de *Cepeda*, fué nombrado nuevamente gobernador de su provincia natal, y, en 1868, proclamada su candidatura para suceder en el mando de la nación al general Mitre, el partido que había sostenido á este último, levantó la del señor don Domingo Faustino Sarmiento, juzgándola que sería mejor acogida por todas las provincias.

Dos años más tarde, el 11 de Abril del año de 1870, era asesinado alevosamente el señor Urquiza en su residencia de *San José*, en las inmediaciones de la Concepción del Uruguay, asumiendo políticamente la responsabilidad de ese crimen, el general Ricardo López Jordán.



REPÚBLICA O. DEL URUGUAY — AVANZADA — BATALLA DE SAUCE GRANDE (1840), PINTURA DE HEQUET

El brigadier general don Justo José de Urquiza, no obstante su activa participación en las sangrientas luchas civiles de fatales consecuencias morales y materiales, es una de las principales figuras históricas, ya como libertador, que suprimió valerosamente la tiranía de Rozas, ya como el más eficaz agente de la organización constitucional de la República Argentina.



EL VIZCONDE DE TAUNAY

Al señor Francisco Guimaraes, amigo y admirador del ilustre extinto

En el día 25 del corriente mes falleció en Rio Janeiro, con 55 años de edad, el señor Vizconde de Taunay.

El ilustre fluminense fué adorador del arte en todas sus manifestaciones, y más que todo esto, excelente intérprete de la Naturaleza: ninguno de los escritores modernos brasileños lo igualó en la difícil descripción del paisaje; tenía maravillosa percepción para disponer los términos, las líneas, los colores y las sombras, y proporcionar todo esto con tal armonía, que el panorama cubriase instantáneamente de luz y aire; abultábanse las montañas, agitábanse las copas de los árboles; y los ríos, ora mansos, ora impetuosos, reflejaban en sus aguas la amplitud del firmamento ó las formas caprichosas de las nubes, y ante la memoria visual del lector pasaban esos aspectos naturales, tan presto como la idea leída se completaba en el cerebro; raro poder ese de avivar una zona, de saber calcular la extensión y colorearla de matices!

Las cosas que más me fascinan y más me subyugan en los dos primeros libros de Taunay, *La Retirada de la Laguna* é *Inocencia*, son el análisis

psicológico, y la realísima pintura de la Naturaleza.

Siendo Taunay un latino, parece á quien lo lee, que su espíritu recibió la influencia eslavica.

Los sentimentales llaman á *Inocencia*, un hermoso idilio. No; es un sombrío episodio humano, que va en un crescendo doloroso hasta el aniquilamiento de los principales actores; es un ejemplo arrancado á la vida casi patriarcal del *sertanejo*, poniendo en evidencia la autoridad absoluta del padre, sin comprender éste los afectos delicadísimos que se acriolan en el corazón de la mujer.

Más tarde, cuando los rudos *sertanejos* sepan leer, *Inocencia* será como un evangelio protector del hogar.

Taunay escribió muchísimo: pero bastan esas dos obras para inmortalizarlo. En *Inocencia* levantó su elocuente voz, defendiendo á los oprimidos; en *La Retirada de la Laguna*, relata ejemplos de abnegación y de valor, preparando al ciudadano que lo lee, para el sagrado deber de defender la patria.

¡Qué espléndido libro esa *Retirada*!

¡Cómo son de humanos todos los personajes!

Y sin embargo, hay personas que han clasificado de exagerada esa obra!

Tal vez porque, al leer los peligros que constantemente acompañaban á la columna expedi-

cionaria, al seguir la relación de las desgracias que la perseguían en los matorrales, planicies y pantanos de Matto Grosso, dudan de que la suerte fuese tan nefasta para esa aglomeración de hombres.

Aquellos que así piensan, no alcanzaron á apreciar cuán vigoroso es el conjunto de aquel libro: el estudio de los más insignificantes fenómenos psicológicos hasta los arranques de desesperación, da el análisis completo de los principales individuos que actúan en aquella asombrosa epopeya; y esa exposición convence, sin asomos de duda, que para escribir así, bastan inteligencia y verdad.

La más pequeña exageración, ó cualquier excitación entre la verdad y la fantasía, son defectos que no podían caber en el cuadro de la *Retirada*.

Bien, cierto es que en los fastos históricos se encuentran retiradas más ó menos heroicas, que dirigiéndolas ó formando parte de ellas, iban hombres ya célebres, y si de esas acciones poco resta, es porque allá faltaba para perpetuarlas, el genio de Taunay ó de Jenofonte.

El Vizconde de Taunay escribió para la historia de su patria uno de los más bellos capítulos: que el Brasil le levante una estatua, ya que la Inmortalidad le abrió el privilegiado templo.

JUAN SOUTOMAYOR.

Enero 28.

EL ARTISTA

Al descendiente de artistas ilustres, al heredero del apellido de una de las ramas de la nobleza francesa, cupo la gloria de manifestarse intérprete y cultor erudito del divino arte musical.

El Vizconde de Taunay era, en efecto, un *dilettante* de sobresaliente orden. No era pianista de la categoría de concertista, y no recordamos haberle visto tomar parte en ninguna fiesta musical como ejecutante. Pertenecía al número de los que



BAUTIZO DE INDIOS TEHUELCHES

prefieren adorar el arte á solas ó en *petit comité*; sin embargo, su interpretación era inteligente, como clara y nitida su técnica pianística.

En el Brasil no hay quien, siendo aficionado á la música, no conozca la preciosa colección de vales, cuyo título genérico de *Chopinianas*, está indicando el estilo imitativo del inmortal compositor polaco y que aparecieron publicados por Flavio Elysio, uno de los seudónimos del eminente brasileño.

Además de otras composiciones de carácter profano y religioso, escribió el argumento del libreto de la ópera *El Esclavo* de Carlos Gomes, quien dedicó al vizconde de Taunay su *Salvador Rosa*, como homenaje al estadista que consiguió en la cámara de diputados que se votase una valiosa pensión al autor del *Guarany*.

Otra de las obras meritorias del guerrero del Paraguay, ha sido la porfiada investigación de orden artístico, que dió en resultado la rehabilitación del nombre de un compositor brasileño, el padre José Mauricio, cuyas obras sacras estaban completamente abandonadas, olvidadas y casi destruidas. Centenares de composiciones de aquel músico, discípulo de sí mismo y de las partituras de los Bach, Mozart, Haendel y Haydn, han sido clasificadas por el vizconde de Taunay, quien consiguió la publicación de algunas de ellas, mediante la inteligente colaboración del maestro Nepomuceno y de los editores señores Bevilacqua.

Bastaría esta dedicación para demostrar el valor del espíritu artístico del ilustre muerto; pero, no satisfecho aún, hizo obra de vulgarización y propaganda, haciendo conocer en el extranjero, en Europa y en América, el talento de aquel sacerdote, que viviera en el tiempo en que el rey don Juan VI de Portugal se había trasladado á Rio Janeiro, con motivo de la invasión francesa iniciada en la metrópoli bajo las órdenes del general Junot.

Con el monarca lusitano vino también al Brasil el notable pintor Taunay, abuelo de Alfredo d'Escagnolle Taunay.

El maestro Calvo, dis-

tinguido organista mayor de la Catedral de Montevideo, hizo públicamente elogios entusiastas de la *Misa de Requiem* del padre José Mauricio y con motivo del asesinato del Mariscal Bittencourt, dirigió la ejecución de esa magnífica obra en el funeral celebrado en la capital del Uruguay, por iniciativa patriótica de algunos brasileños.

Si no fuera el amor al arte nacional, aún hoy se ignoraría el verdadero valor artístico del padre José Mauricio.

Al conocido distintivo: *el arte por el arte y para el arte*, el vizconde de Taunay añadió: *y por la patria*.

ALFREDO BASTOS.



FRANCISCO GRANDMONTAGNE

SU OBRA LITERARIA

Van desapareciendo, ó han desaparecido ya, los grandes ideales. La tranquilidad ha huido de las

conciencias, y una ansiedad inquieta mantiene el espíritu del siglo en perpetua alarma.

Girando en el vacío, la última década de esta centuria no señala rumbos ni derroteros al pensamiento: crúzase las líneas, bifúrcanse los senderos, y el *viajero*, la pobre humanidad intelectual, se pierde en dédalo de intrincadas sendas.

Los cultores del arte bello desvarían: huyen de lo «clásico» y no aciertan con lo «venidero»; período de transición, larga serie de borrosos perfiles, de armonías incoloras, de manchas sin relieve ni colorido prepotente, van marcando los tanteos de esta generación, olvidada del pasado y sin fe en la posteridad.

No escapa Grandmontagne de las dudas y vacilaciones de su tiempo; pero, su alma de eúskaro, retemplada en la lucha por la vida, su espíritu selecto amamantado en la lectura asidua de los buenos modelos; su inteligencia cultivada con ardor y tesón en el estudio de las producciones literarias de tres siglos de ingenio é inventiva latina, han creado bríos en su voluntad, dirección en su cerebro, sentimiento de lo bello, conocimiento del medio y observación inteligente en sus obras y trabajos.

Tal vez, un pensamiento de Wotton, encarna las más sobresalientes dotes de este publicista. «Ese hombre está libre de los lazos serviles, de las esperanzas ambiciosas y de temores pueriles: señor de sí mismo, aunque no de tierras, y sin poseer nada, lo tiene todo, sin embargo.»

Tiene una ambición: la gloria literaria. Persiguelo un deseo: vivir entre sus lares y... *hacer la novela vasca*. Riquezas, comodidades, dulzuras del sibaritismo... son «nubes que pasan» por su cerebro enardecido, sin dejar huella ni rastro alguno. De todo duda: ese es su mal, y en el terreno filosófico, flaquea porque «aún no ve claro»: ¡Es tan difícil!

Nació en la frontera hispano-francesa, en Fuenterrabía, donde desagua el tranquilo Bidasoa, reflejando en sus tranquilas aguas la alta



ESTRECHO DE MAGALLANES — CABO FROWARD

cima del monte Jaizquibel, que abre un cauce al mar cantábrico y deja a la otrora fortísima ciudad, generosa falda en que asentar su antiquísimo caserio.

Dedicado al comercio por sus padres, llegó aquí y... ni la teneduría de libros por partida doble (cuyos conocimientos probó y aprobó), ni las múltiples partidas del «comercio de la campaña» tuvieron atractivos suficientes para Grandmontagne. Su espíritu, rebelde a los números y a los cálculos aritméticos, fijaba todas sus energías en el alfabeto, en la combinación de las letras, en la trabazón de las palabras, en el sentido genuino de los conceptos, y poco a poco, a través de cientos de artículos bibliográficos en *La Vasconia*, revista semanal euskara de que es director, y a través de continuas lecturas de los grandes estilistas franceses y españoles, cerca ya de los treinta años, reuniendo notas, observaciones sagaces y grandes dotes de asimilación ingénitas en su naturaleza, escribió su primera novela: *Teodoro Foronda*. Después, despertó la curiosidad, que a eso nada más llegamos aquí en nuestra incipiente vida literaria, otra novela: *La Maldonada*. Y aún espera ésta, como esperó largo tiempo aquélla, un juicio sintético que explye y delimite las condiciones virtuales del escritor y el estudio analítico de la obra en los más principales rasgos de sus personajes, y en el desarrollo fecundo de sus escenas y situaciones interesantes.

La labor de cada día, notas de actualidad exigente, nos privan hoy de más extenso examen, limitándonos a transcribir lo que no hace muchos días decíamos en la misma revista de nuestro biografiado:

Grandmontagne describe y pinta con rasgos de genial observador, con afilada pluma, a que no detienen ni los linderos de la retórica, ni las «conveniencias» estúpidas de la hipocresía mundana.

Como piensa, lo dice; hay asperezas geniales en su estilo, que balbucia a tropiezos, al nacer *La Vasconia*: pulió, reformó, y... se creó el suyo, más vigoroso cada vez, más sintético en *La Maldonada* (que acaba de salir) que en *Teodoro Foronda*, el libro de los cariños, de los entusiasmos, donde ha puesto más alma, y menos arte, menos efectismo, sintiendo y palpitando casi con el protagonista y los que le rodean, en su novelesca lucha comercial, «sin saber qué hacer de él», al terminarse la obra.

En *Foronda* (el protagonista), resaltan vaguedades y añagazas que tienen más sabor meridional que castellano: hay en él fortaleza soriana, sobria, prudente y grave que nos vuelve al recuerdo de aquellas virtudes «históricas» de nuestros famosos tercios; mucha gramática parda a lo Sancho, mucha tenacidad a lo euskalduna, con un fondo de nobleza, velado aparentemente en la ingente contienda de esta vida americana, en que se gana plata, y se pierden fe y tradiciones del hogar.

Agreguemos ahora que en *La Maldonada* hay brillantísimas páginas en que descuella la viril energía de su autor, fuerte, duro a veces con el lenguaje y la retórica, con las «ideas corrientes» y con las ideas sin curso ni voceros que las pregonen, exclusivo en su pensar, y sin seguir a la reata de autores con que se encariña, pero a los que ni sigue ni copia.

Completando estas «notas» con lo que decíamos en la «primera impresión literaria» que la obra de Grandmontagne nos produjo, copiamos la breve síntesis que hacíamos de sus dos novelas.

Sinteticemos, se decía allí, las dos obras de nuestro «costumbrista» en dos proposiciones de psicología corriente: el crédito, esa palanca comercial de fuerza extraordinaria, es: «alcanzar a vivir hoy con la fortuna que se tendrá mañana». Para conseguirlo, se zurren, recosen y adornan todos los harapos de la pasión y del vicio... y se llega al fin: esta es la historia del pobre inmigrante que cae en *puercas manos* y se instruye en los cabileos y manejos de la vida mercantil, a brazo partido con los competidores «sus enemigos del oficio». Ahí se tiene a Foronda.

La otra proposición es esta: «la política no tiene entrañas». Como Foronda, imberbes doctorcillos tienen vasto campo abierto a su ambición, y luchan, y medran, y giran, empleando sus «fuerzas», las del talento y la nobleza, casi siempre juntas, y las de la impotencia intelectual y la envidia en misteriosa coyunda. Y una figura poética, virginal y candorosa niña, huérfana, sin apoyo, rodeada de corazones fríos y egoístas, cae en la lucha, cuando cae el ídolo de su alma, y el ídolo pasajero, también, de la turbamulta vocinglera de un apasionado período revolucionario.

En los dos libros vence el egoísmo: en el primero, los hijos desnaturalizados; y un chacal humano, en el segundo. Hay trozos de maestro y capítulos de interés estético indudable: el pensador es vigoroso, demasiado visible, presentándonos sus dudas y vacilaciones en el campo de la filosofía.

¿Es lógico? podríamos preguntar, resumiendo los esbozos críticos que preceden. Sí: la lógica

impera. Es un medio egoísta, recoge Foronda los frutos de sus egoísmos en la lucha por la vida. ¿Que vienen de sus hijos? ¿Qué cosa más natural en la vida corriente!

¿Problemas? Son de *curso legal*, los que en *La Maldonada* se presentan y los que en su predecesora figuran: humanos, muy humanos, y de procedencia americana o australiana, o de donde vence la fuerza, son esas evoluciones de una sociedad formada de ricos, que fueron pobrísimos la víspera, y sufrieron el dogal de la esclavitud blanca.

R. M. DE I.



D. GUILLERMO MATTA

Ilustra una de nuestras páginas el retrato de este ilustre chileno, muerto hace pocos días en la capital de aquella república.

Era el señor Matta un distinguido poeta y diplomático, que durante el tiempo que representó aquí a su país, supo captarse las simpatías de cuantos cultivaban su amistad.

Guillermo Matta nació en Copiapó en 1829, y apareció en la prensa de su país en 1850, colaborando en *La Revista de Santiago*. En 1853 dió a luz un volumen con dos leyendas tituladas: *La mujer misteriosa* y *Un cuento endemoniado*.

En 1859 fué desterrado a causa de su complicidad en los sucesos políticos de esa época. Durante su estadía en Madrid publicó dos volúmenes de poesías líricas. Colaboró en la capital de España en el periódico *La América*, que redactaba Eduardo Asquerino.

Regresó a su país en 1861, y formó parte de la redacción de *La Voz de Chile*. En 1867 publicó sus cantos guerreros: *La vuelta a la patria*, *A la América*, e *Himno de guerra a la América*. En 1867 se le nombró miembro de la Facultad de humanidades, y en 1870 lo eligió diputado al Congreso el departamento de Aconcagua.

En 1875 fué nombrado intendente de Atacama, y gobernó esa provincia hasta 1881.

En 1852 fué enviado a Alemania en el carácter de ministro plenipotenciario. Representó también a su país en Italia. En Leipzig dió a luz una edición completa de sus poesías en dos volúmenes.

Fuó también ministro plenipotenciario en nuestro país y en Bolivia, y al retirarse de la vida diplomática, sus conciudadanos lo llevaron a ocupar una banca en el senado.

Un colega de esta capital, como homenaje a su memoria, ha publicado una de sus brillantes composiciones poéticas, que a continuación transcribimos.

LEY INEXORABLE

¡Asombra, espanta, aterra,
El error de los hombres! Despeñados
Se lanzan por abismos
Y son su guía, y jefes y soldados,
Todos los egoísmos:
Odio, codicia, guerra.
El infierno y el cielo conjurados
Para adunir tinieblas en la tierra.
¡Ah! buscarás en vano
Filósofo, poeta, el medio justo
Para enseñar a todos,
¡Que el hombre es sér igual y sér augusto!
Por invencibles modos
Siempre marcha cegado el sér humano,
Y mirando a los otros con disgusto
Borra de su alma la palabra hermano.
¿A dó va ese altanero
Con su infatuado orgullo? ¿Qué pretende
Ese niño que ostenta
Zafiro desdén por cosas que no entiende?
¿A quién, con su violenta
Ira, amenaza, ensimismado y fiero
Ese tribuno, que tan mal defiende
Al vicio beato, al crimen trapacero?
Si es áspera la senda
Que conduce al progreso, su camino
Se eleva por colinas.
Desciende por declives. El destino
Echa piedras y ruinas,
Del pasado suscita la contienda;
Pero sigue marchando el peregrino
Y nada impide que el progreso ascienda.
Y todos los rumores,
Todos esos violentos alaridos,
Callan, se pierden, cesan.
O suenan como lúgubres gemidos.
Y entre nubes que espesan,
Como en borrasca, vientos y fulgores,
Se ven llenos de muertos ó de heridos
Al mundo y sus inquietos pobladores.
En ese choque adverso
Todo vive y perece. Una terrible
Ley ordena y gobierna
Al hombre y los sucesos. ¡Inflexible
Ley, inmutable, eterna!
Ella, que es lo perenne, es lo diverso;
Ella, que es lo seguro en lo movible,
¡Impulsa al hombre y rige el universo!

GUILLERMO MATTA.

EL PRIMER RACIMO

CUENTO ORIGINAL

Armada con maña está la vid de parra sobre firme de duras estacas y como espiral salomónica, abrazado el retorcido tronco a un gallardo álamo blanco, bien defendida contra el fuerte sol de estío y contra el recio frío cierzo del invierno. Tiende sus brazos por debajo del alero del tejadillo de la casa, y con muchas y muy anchas hojas forma doselete majo para asombrar y refrescar, y es como rico toldo adornado y pomposo.

¡Avate cuando en la parruela aparecen como esmeraldas las uvas, apiñadas en gordos y pesados racimos: luego las esmeraldas van blanqueándose, y quedan como perlas; y a lo fines, llegada la madurez, son traslucientes, y a poco transparentes y de dorado ámbar.... Y al mirirlas, el pescuezo nos duele del mucho tiempo que le tenemos echado hacia atrás para que el apetito goloso cuando menos logre, para irritarse más, el regalo de la vista.

Faustino cuidó siempre de la parra.

Los primeros catadores, mal que le pesara al guardián, fueron, son y seguirán siéndolo los gorriones; y eso que a nadie ha importado la opinión de esta alada pillería acerca de la agriedez ó dulzor, es decir, acerca de la calidad de las uvas.... ¡Tiro en ello!

¡Ah! si no fuera porque las mujeres se tapan con los dedos los agujeros de las orejas... y chillan no bien uno coge la escopeta en la mano, pobres... ¡qué de cazoladas de arroz se harían con los tunos!

Sagrada fué siempre para todos los de casa la parra, y más había de serlo hogaño que *sotros años*, si cabe, porque la abuela no vive.

Nadie tocaba a la parra hasta que Faustino daba a la abuela el primer racimo.

Si; la abuela, que de Dios goce, recibía de mi hermano Faustino el primer racimo de la parra, cargado de grano prieto y en sazón, y hermoso como el oro.

Subíase en el banqueteo alto, cortaba el racimo, y lo ponía en manos de la abuela, ambas puros huesos y pellejo, temblorosas y rameadas de venas azul obscuro y saltonas. ¡Venerables manos!

—*Mirai*, qué regalo, hijicos, decía ella. Cada bolita de estas tiene carnecilla sabrosa y agüilla más que la almibar dulce, todo ello en su redomica de cristal. ¿Qué confitura ha que se le parezca? ¿Cuál? Ninguna. Todas estas redomicas, muy juntas las unas a las otras, vienen prendidas por su rabillo al ramo, y fueron con éste arrancadas del troncucho de la parra. ¡Qué lindo y gustoso! Dios nos alimenta con pan y centeno, y además nos regala con la uva. ¡Acá nos la pone a la misma puerta! No comeré una sin dar gracias a Dios; grano por grano, casi «Ave Maria»; cada diez, un Padrenuestro... No hallé mejor rosario. Bien podréis decir: ¡es tan beatona, que se come el rosario!

¡Pobre abuela!... ¡Ya no habría de vérsela allí en su sillita con el racimo en el delantal, la alegría en el rostro y la piedad en los ojos!

Faustino resolvió que no se tocara hogaño a las parras *tan y mientras* no se hallaba persona digna a quien regalar con el primer racimo.

¿Al señor cura? Fuera el que se marchó... hombre llano y piadoso. ¿Pero el cura nuevo? Con su *predica* de lo fino y todo, es un... ¡Dios me perdone! Háblenle de tresillo y de....

¿Al señor médico? ¡Valiente peñe! Cuarentañón pintorroteado, floreando y piropeando a las mozas....

¡Chito! que murmurar es pecado... y para decir que no se hallaba persona digna de tan delicado obsequio como lo era el racimo de la abuela, no hay que dañar al prójimo.

—*Manque* se pasen, *manque* los pájaros las traguen.... *naide* toca hogaño a la parra si no hallamos quien *merezca* comerse el primer racimo en memoria de nuestra santa abuela.

Dijo Faustino, que tenía, apuesto tan gran fervor para hablar lo que sentía, que tal vez por esto solían salirle toscas y resquebrajadas las palabras. No crean que porque su decir era burdo, su pensamiento era obscuro ni su corazón dejaba de tener mucha lumbre de amor siempre encendida.

II

Al abrir no hace muchos días la puerta de la casa porque ladraban furiosamente los perros del corral, halló Faustino sentado en un canto, cerca de la parra, a un mal fachado y raído que miró a mi hermano con ojos lastimeros, como miran los mendigos....

—¿Qué quiere, amigo? preguntó Faustino. ¿Pan? ¡Teresa! gritó mi hermano. Baja pan para un buen hombre.

Yo asomé el hocico por la puerta, y ¡claro! como ya ando en latín y retórica, soy estudiante y poco me faltaba ya para volver al seminario, tengo otros modos, y hablé al hombre con más aquel y otra prosa.

Nada contestaba; pálido más que un difunto, y tan flaco, tan flaco que daba miedo.

Tenía una angustia en los ojos como si la ago-

nia última le estuviera apurando y fuera ya apagarle la vida en el cuerpo.

Bien que los bigardos y los vagabundos mendigos... saben hacerse los enfermos... que engañan al más avisado.

Fijaba los ojos en el racimo, en el racimo de la abuela.

—¿Para ti está! me dije yo. No será mayor tu hambre que tu golosina cuando no quitas el deseo de lo alto de la parra.

Vestía un raído y recio chaquetón que le venía grande y unos pantalones sucios, y llevaba la cabeza envuelta en un pañuelo y cubierta por un ancho sombrero de paja.

Apenas podía hablar, y con una voz ronca y débil.

—¿Va de camino, buen hombre? preguntó Fermín.

—A Navas de Oro, dijo.

—De aquí un cuarto de legua.

—¿Si llevo! Confío en Dios. Llegar... Uvas, dame uvas... exclamó con voz lamentosa.

El sediento no pide agua con mayor afán que el hombre aquél mostró en sus palabras.

Entonces Teresa, la gallarda y hermosa Teresa, nuestra hermana, por brusco y enérgico movimiento se puso de puntillas, y saltó y arrancó de un tirón el racimo de la abuela y lo puso en manos del pobre hombre.

—Gracias, gracias. ¡De mi tierra! De la parroquia de Casa-Ermita...—dijo.

Entonces fué cuando a Teresa la dió como un desvaído o mareo de cabeza y fuéle la vista, y si no se echa a coger a la moza mi hermano Fermín, cae al suelo.

Luego rompió a llorar y a llorar, y nos dijo:

—Es Antonio... Antonio... No le *habemos* conocido... no le conocéis... es Antonio...

¡Antonio!

¿A qué decir que era el novio de Teresa, si es sabido? ¿A qué decir que volvía de la guerra?

Para él, que no había hallado después de tanto heroísmo sino impíos e ingratos, fué el racimo de la abuela... y va recobrando salud y pronto será mi hermano. ¡Así el Señor lo haga y la Santísima Virgen del Cubillo.

JOSÉ ZAHONERO.



PARA EL HOGAR

Pedir fuego a un desconocido que está fumando, es disculpable en ferrocarril, o en otras circunstancias en que se ve que no nos es fácil procurárselo de otra manera, pero detener a alguien en la calle para pedirle su fuego, es una costumbre de origen yankee, absolutamente inaceptable.

En cuanto al uso de cigarros delante de señoras, la cosa es más grave. Los hombres de hoy se toman muchas libertades que eran antes desconocidas en sociedad, y particularmente en lo que concierne al tabaco. En cuanto a «los hombres de mañana», Dios nos libre de lo que puedan llegar a ser, si las buenas reglas de la caballería no recobran su vigor.

Apenas han concluido de comer, esos señores están violentos por fumar, y comienzan a sacar sus puros o sus cigarrillos de hoja y de papel, como para significar que el tabaco es lo primero para ellos. Y las dueñas de casa, que ya conocen la intensidad incontinente de ese vicio, no tienen más que invitar a sus amigas a levantarse de la mesa, para dejarlos a ellos con la copita y el cigarro.

La cosa está ya arreglada así, y no hay más que hacer.

Pero que a lo menos sepan los caballeros que jamás, por ningún pretexto, y aunque las señoras les digan que no les molesta el humo, deben fumar en un salón. Que jamás tampoco, aunque el uso haga que ello no aparezca tan inconveniente como lo es en realidad, deben fumar ni aun en la calle, cuando van acompañando a una señora.

Que nunca deben fumar dentro de un carruaje en que hay señoras, porque es lo mismo, y aun peor, que fumar en un salón. Y en fin, que ponerse a fumar cuatro, seis u ocho hombres en un carro urbano, es una grosera falta de consideración, que basta por sí sola para juzgar de la cultura de una persona.

En los ferrocarriles, ya que entre nosotros no hay carros especiales para fumadores, hay que buscar un asiento apartado de donde vayan señoras, y en que se eviten en cuanto sea posible los inconvenientes del humo. Y en todo caso, fumar con parsimonia, imponerse una ligera privación y no constituirse en chimenea continua.

Hay que tener presente que el humo y el olor del tabaco ocasionan a menudo, y no sólo a señoras, sino también a caballeros, dolores de cabeza, náuseas, jaquecas, y molestias considerables. La reciprocidad social, las conveniencias de la cultura, exigen que evitemos a los demás esas desazones graves, aunque tengamos que imponernos nosotros mismos una ligera y soportable privación. Si cada uno hiciera nada más que lo que le da la gana, las consideraciones reciprocas, el respeto mutuo, las conveniencias sociales, las atenciones cultas,—todo el encanto y la delicadeza de la sociabilidad desaparecerían.

Ya que ha desaparecido la exquisita cortesía de los tiempos caballerescos, conservemos siquiera los atractivos de la política elemental.

Poned un rato en agua caliente o tibia unos 250 gramos de almendras amargas, a fin de poder

pelarlas mejor. Después de peladas, poned a secarlas al horno o sobre la plancha de la cocina.

Molédalas en un mortero, agregando de tiempo en tiempo un poco de clara de huevo, para impedir que se hagan aceite. Una vez reducidas a pasta fina, agregadles libra y cuarto o poco más de azúcar en polvo, y mezclad todo intimamente. Es preciso que la pasta quede bien ligada y no demasiado seca; si ocurre esto último, añadid una clara de huevo e incorporad bien.

Formad los macarrones sobre un papel blanco, colocad esta hoja de papel en una lata, y poned en horno suave, hasta que los macarrones estén firmes y crujidores.

Los macarrones de almendras dulces se hacen lo mismo, agregando a la pasta un poco de raspadura de limón, o algunas gotas de agua de azahar.

De sobremesa.

Pequeño examen de aritmética, el día de Pascua:

El papá.—Supón, Luchito, que te doy cinco juguetes, y que después te quito dos: ¿qué te quedará?

El niño.—¡Me quedará gritando!

T. P.



MOSAICO

Traslado.—La casa de los señores Pruden y Hand se ha trasladado, por mejora de local, ampliando así las instalaciones y ganando en exposición y vista, de la calle Perú 477 al número 437 de la misma calle.

Don Tomás Moncayo Avellán—Hombre de vasta ilustración, cultor inteligente de cuanto la moderna y la clásica literatura han producido, publicista de galano estilo él mismo, ha largo tiempo que radicaba entre nosotros, y su asimilación a nuestro ambiente nos había hecho olvidar que era oriundo del Ecuador, en cuya política actuó con brillantez y relieve, en otros tiempos.

Vinculado al país argentino, interesándose su fácil pluma por todas las causas elevadas que con nosotros, y sobre todo con América se relacionaban, deja páginas de grata memoria en la evolución de nuestra intelectualidad, y su amistad con Alberdi, Juan M. Gutiérrez, Irigoyen, etc., etc., revelan el alto concepto que merecía en nuestros círculos ilustrados.

Su muerte, ocurrida al cerrar el presente nú-

Nuevo obsequio de "La Ilustración Sud-Americana"

Cupón de La Ilustración Sud-Americana

VALE

por un descuento de 10 por 100 en toda compra al contado sobre los artículos de Modas y Confecciones que se efectúe presentando este cupón en la casa

A. GADAN

FLORIDA esquina TUCUMAN y PIEDAD, 943

BUENOS AIRES

Válido desde 1.º Enero 1899 a 31 Diciembre 1899.

Obsequio que ofrece LA ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA a sus lectores.

Cupón de La Ilustración Sud-Americana

CORSÉS Y FAJAS SOBRE MEDIDA

M^{me} Rosa Florentz

CALLE FLORIDA, 591

BUENOS AIRES

Cupón de La Ilustración Sud-Americana

VALE

por un descuento de 5 por 100 en toda compra al contado que se efectúe, presentando este cupón en el

ALMACEN DE LA VICTORIA

FERNANDEZ HERMANOS

CHACABUCO, 1, ESQ. RIVADAVIA

Válido desde 1.º Enero 1899 a 31 Diciembre 1899.

Obsequio que ofrece LA ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA a sus lectores.

Cupón de La Ilustración Sud-Americana

VALE

por un descuento de 10 por 100 sobre los precios de venta, en toda compra al contado que se efectúe, presentando este cupón en la

MARGUERET & Cía.

CALLE DEFENSA, 477

BUENOS AIRES

Válido desde 1.º Enero 1899 a 31 Diciembre 1899.

Obsequio que ofrece LA ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA a sus lectores.

Cupón de La Ilustración Sud-Americana

VALE

por un descuento de 10 por 100 sobre los precios fijos, en toda compra al contado que se efectúe, presentando este cupón en

LA NUEVA TIENDA INGLESA

GUNN & Cía. - CALLE PERÚ, 21

BUENOS AIRES

Válido desde 1.º Enero 1899 a 31 Diciembre 1899.

Obsequio que ofrece LA ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA a sus lectores.

Cupón de La Ilustración Sud-Americana

VALE

por un descuento de 5 por 100 sobre el importe de cada comp. al contado que se efectúe, presentando este cupón en la casa

CASSELLS Y C^{IA}

IMPORTADORES

220 - CALLE FLORIDA - 220

Válido desde 1.º Enero 1899 a 1.º Marzo 1899.

Obsequio que ofrece LA ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA a sus lectores.

Cupón de La Ilustración Sud-Americana

VALE

por un descuento de 10 por 100 sobre los precios de venta, en toda compra al contado que se efectúe, presentando este cupón en el

TALLER NACIONAL DE GRABADOS

FÁBRICA DE MEDALLAS Y ORFEBRERÍA RELIGIOSA

JUAN GOTTUZZO

PIEDAD, 854

Válido desde 1.º Enero 1899 a 31 Diciembre 1899.

Obsequio que ofrece LA ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA a sus lectores.

Cupón de La Ilustración Sud-Americana

VALE

por un descuento de 10 por 100 sobre los precios de venta, en toda compra al contado que se efectúe, presentando este cupón en la

TAPICERÍA FRANCESA

de **EDUARDO LIEBEAUX**

CALLE CUYO, 745

Válido desde 1.º Enero 1899 a 31 Diciembre 1899.

Obsequio que ofrece LA ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA a sus lectores.

Cupón de La Ilustración Sud-Americana

VALE

por un descuento de 10 por 100 sobre los precios fijos, en toda compra al contado que se efectúe, presentando este cupón en la

CONFITERÍA LA PERLA

DE SAINZ HERMANOS

CANGALLO, 1002

Válido desde 1.º Enero 1899 a 31 Diciembre 1899.

Obsequio que ofrece LA ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA a sus lectores.

mero, ha sido muy sentida en nuestra gente de acción intelectual, y al honrar su memoria con un cariñoso adiós al *que se va* después de una brava lucha con la pobreza, que asomó sus garras en el triste hogar de aquel hombre de brio en el pensamiento y vigor sano y temple en el corazón, la sociedad argentina ofrece justísimo homenaje a una historia, si modesta, activa e inteligente siempre en su largo ostracismo. Nuestra corona de recuerdos a su memoria.

Don Alfonso Demaría.—Vinculaciones sociales, rasgos de distinción y méritos de una vida laboriosa, forman aureola simpática al nombre de este *que fué* caballero distinguido y apreciada individualidad de nuestro mundo social.

El señor Demaría ocupó diversos puestos públicos, en los que dejó rastros de su rectitud y firmeza de carácter, que bien condecían con aquella su bondad, cuya base era un conjunto de las más acrisoladas honradeces de alma.

Era el señor Demaría hermano del doctor Mariano Demaría, padre político de los doctores Juan José Romero e Ismael Bengolea, y estaba igualmente vinculado por estrechos lazos a la familia del señor Gregorio Torres.

Y al cubrir los mortales restos que han de convertirse en modesto polvo, la sociedad argentina ha demostrado la alta estima y simpatía que en vida mereció el distinguido caballero. ¡Paz y descanso eterno!

Miniaturas.—Otra revista más que se anuncia. Su nombre... dice algo artístico, y su programa-anuncio, nos explica que ni la política ni el comercio ni ciertas «bajas literaturas» han de encontrar cabida en el periódico semanal que dirigirá el señor Emilio Vera y González, conocido publicista de la redacción de nuestro colega «El Correo Español».

Letras y arte: de esto tratará la nueva revista, a la que deseamos larga y próspera vida.

Torcuato Tasso.—Damos la bienvenida al reputado escultor español de este nombre, que después de una breve estadía en Montevideo, donde ha expuesto *algo*, según nuestros informes, llega a la gran capital bonaerense.

Muchos son sus títulos al renombre artístico, que concisamente enumeramos en rápidos apuntes. Fué premiado en Roma por el gobierno español, en 1886: ejecutó un monumento al conocido banquero catalán don Evaristo Arnós, que llamó la atención de los inteligentes; otro a Roca y Pi, y en el Palacio de Justicia de Barcelona tiene importantes obras que justifican sus títulos y talentos reconocidos por la crítica.

Tiene además varias estatuas, entre ellas las del célebre pintor Velázquez, la de Viladomat y otros: ha residido largo tiempo en Roma y en París, y al visitar estas comarcas del Plata, le deseamos grata permanencia y mucho *trabajo artístico*.

En Adrogué.—Muy concurrido resultó el concierto verificado en el hotel «Las Delicias», a beneficio de la Sociedad de San Vicente de Paúl, patrocinado por la distinguida señora Angela S. de Ochoa. El concurso de un buen número de artistas y aficionados desempeñaron con acierto las distintas partes del programa.

Entre la concurrencia tuvimos ocasión de ver a las familias:

Bustos, Pérez Gomar, Meléndez, Igarzábal, Agustini, Bullrich, Díaz, Canevaro, Piñero, Sánchez, Carmona, Alsina, Posse, Ochoa, Salterain, Aceval, Soto, Carranza, Pico, Costa, Muñoz, Ezcurra, Lavalle, Achával. Martínez, Torres, Estrada, Varangot, Arteaga, Quiroga, Bustos, Pizarro, Fernández, Llambi, Muñoz, Lloveras, Moreno, Herrera, Buchanan, Fraser y muchas otras.

Compañía Matte Larangeira.—Ya en otra ocasión hemos elogiado con justicia a esta reputada empresa industrial, y hoy renovamos aquellos aplausos en vista del éxito que ha obtenido en nuestra Exposición Nacional.

Ha obtenido un 1.º premio con medalla de oro, justa recompensa a la calidad de la yerba, su acondicionamiento elegante y su presentación en el mercado, en el que la bondad del artículo le abre cada día mayor campo y esfera de acción.

Ha repartido unos lindos y artísticos álbums con vistas y concisas descripciones sobre la cosecha del mate, las operaciones sucesivas de preparación industrial, etc., etc., que es un *tour de force* en el género de anuncios y reclames, que honran a los talleres de Peuser en que han sido editados.



NUESTROS GRABADOS

Mar del Plata.—(Fotografías de Ghilini).—

La hora del baño.—*En la playa.*—*En la orilla.*—*De compras.*—Es la actualidad más palpitante de nuestro famoso balneario. Día a día, progresa aquel puertecito, desconocido hace pocos años, y en esta temporada, la afluencia de bañistas, la diversidad de gustos y aficiones en los concurrentes, dan típico aspecto a la playa de nuestra costa del Atlántico, en cuyas arenosas orillas del mar, grupos artísticos que la fotografía ha sorprendido, dan la «nota gráfica», mejor detallada que cuantas el ingenio y la fantasía pudieran presentar con estudiada retórica y conceptos bien perfilados.

Mercado de abasto.—Las notas gráficas de nuestras páginas ilustradas dicen más que cuantas descripciones detalladas pudiéramos hacer. Aquel vaivén de «patronas» y «mucamas», aquel

continuo agitarse de compradores de todas clases y calañas, en el gran mercado que abastece a todas las plazas-mercados de la capital, exigiría largo y bien fundamentado artículo para una bien coordinada relación descriptiva que abarcara todos los variados puntos y temas a que se presta el asunto.

Limitamos nuestras notas a los precisos conceptos explicativos de los grabados que corresponden al título general que encabeza estas líneas.

República Oriental del Uruguay.—**Avanzada.**—**Batalla de Sauce Grande, 1840.**—**Pintura de D. Hequet.**—Ha acertado el artista en la expresión del tipo: esa fisonomía es característica de nuestros gauchos y nuestras localidades del litoral, y la apostura elegante revela al jinete acostumbrado a dominar potros y caballos en las extensas llanuras de nuestras comarcas.

Es el que está de avanzada, vigilante, inspeccionando detalle por detalle la extensión de la llanura. Uno de aquellos guerreros que acompañó a Echagüe, quien al ser derrotado por Lavalle, en aquellos años de revueltas, se vió obligado a replegarse en el «Sauce Grande», cerca del Paraná, entre la Bajada y Punta Gorda, cubriéndose la retirada y vigilando severamente toda la extensa y dilatada superficie en que campeaba el enemigo vencedor.

Bautizo de indios Tehuelches.—La ceremonia religiosa es imponente: agrúpanse los indios para recibir el sacramento bautismal, al rededor del sacerdote, mientras descubiertos respetuosamente, al pie de sus caballos aguardan los dos militares la terminación de la misión cristiana.

Los Tehuelches, Cheguelches ó Chwonkes, ó más bien Patagones, cuya lengua, a pesar de algunas analogías, es distinta de la araucana, están divididos en dos grandes tribus que habitan entre los ríos Chupat y Limay y entre Chupat y el estrecho de Magallanes.

Estrecho de Magallanes.—**Cabo Froward.**—Al sur de la Península de Brunswick y en el punto más alto que se divisa entre los cerros que cual murallas de granito encierra el gran canal que comunica dos mares, llamado por geógrafos é historiadores Estrecho de Magallanes, en memoria del herico navegante portugués, está el Cabo Froward de nuestra página ilustrada, de actualidad en esta época, porque la entrevista de los dos presidentes argentino y chileno, el paso de ambas escuadras por las proximidades del estrecho y la sanción amistosa de puntos otrora en litigio entre ambas repúblicas, lleva el recuerdo nuestro a aquellas regiones en que van a perderse las pampas argentinas y empiezan comarcas montañosas cubiertas de nieve, de bosques de pinos al borde de las oscuras aguas del mar, terrenos y zonas poco conocidos aún por la civilización contemporánea.

Nuevo obsequio de «La Ilustración Sud-Americana»

ALMACEN DE LA VICTORIA
PRIMER ESTABLECIMIENTO DE ARTÍCULOS DE ESPAÑA
FERNANDEZ HERMANOS
ESPECIALIDAD EN CONSERVAS DE TODAS CLASES
VINOS Y LICORES FINOS, CASA DE CONFIANZA
CHACABUCO, 1, ESQ. RIVADAVIA
Buenos Aires

CORSÉS Y FAJAS SOBRE MEDIDA
M^{me} Rosa Florentz
CALLE FLORIDA, 591
BUENOS AIRES

Grand Prix d'Honneur Hors Concours Paris 1883
A. GADAN
Coiffeur de Dames.—Ancien Président de l'Ecole de Coiffure de Paris
MODES ET COIFFURES
Calle FLORIDA esquina TUZUMAN y PIEDAD, 943
BUENOS AIRES

EXPOSICIÓN AMERICANA
Novedades de utilidad general,
Cocinas económicas,
Baterías de «Fierro Agate»,
Artículos de Electro-plata,
Estufas, Caloríferos,
Lámparas, Relojes pared,
Maquinaria doméstica,
etc. etc. etc.
220 FLORIDA 220

La Nueva Tienda Inglesa
ESPECIALIDAD EN ARTÍCULOS INGLESES
GUNN Y CÍA.
21, CALLE PERU, 21
BUENOS AIRES

Pidan en los buenos almacenes
Para familias, **VINO MAIPÚ**
la docena \$ 5.50 Marca fundada en 1895
MARGUERET & CÍA.
DEFENSA, 477 TELÉFONOS:
BUENOS AIRES U. TELEFÓNICA, 1632
C. TELEFÓNICA, 919

CONFITERÍA LA PERLA
SAINZ HERMANOS
ESPECIALIDAD EN TODOS LOS ARTÍCULOS
... DEL RAMO ...
VINOS, LICORES Y CHAMPAGNE
DE LAS MEJORES MARCAS
CHOCOLATES, BOMBONES, ETC.
CANGALLO, 1002 - Buenos Aires

TAPICERIA FRANCESA
DE
EDUARDO LIEBEAUX
MUEBLES DE ESTILO, FANTASÍAS Y DECORACIONES
745, CALLE CUYO, 745
BUENOS AIRES

Taller Nacional de Grabados
FÁBRICA DE MEDALLAS ...
... Y ORFEBRERÍA RELIGIOSA
Juan Gottuzzo
CALLE PIEDAD, 854 - UNIÓN TELEFÓNICA, 137
BUENOS AIRES

LEJOS

A E....

¡Siguen andando!

El va delante con la frente descolorida y marchitada por los sufrimientos; con los cabellos erizados por la cólera que lleva en su corazón, contra los hombres que le hicieron daño.

Ella marcha en pos de él, resignada, con el rostro enfermizo, pero más hermosa que nunca.

¡Siguen andando!

A él le toca salvar el precipicio primero: titubea; ni aún se atreve a mirarlo; se siente sin fuerzas; teme que el torrente lo arrastre consigo; y, por último, al caer rendido, como Cristo en el Gólgota, ella se le acerca, lo levanta, deposita un ósculo amoroso sobre sus mejillas amarillentas, y le dice con tierno acento: «adelante!».

¡El tiene sed!

¡Ella le da sus lágrimas para que beba!

El lleva los pies ensangrentados de la áspera pendiente, desde cuyos punzadores peñascos se escuchan todavía palpitantes, los ecos lastimeros de vientos que pasaron; y el hondo rumor de olas con que agitados mares arrojaron las perlas de su seno, para nunca más volver a recibir las!

Ella también va con sus delicados pies lastimados; pero, de cuando en cuando, imprime a sus labios una dulce sonrisa, para darle ánimo a él, cada vez que se vuelve a mirarla.

¡Por fin, se alejan de la humanidad!

Desde ese instante, ya no tienen siquiera el recuerdo de la naturaleza terrestre. ¡Ya las distancias no requieren tiempo: ahora recorren los espacios con la rapidez de la idea!

De pronto se detienen.

El se acerca a ella, avergonzado de su debilidad anterior, y le dice, como el naufrago a Dios, cuando escapa de la borrasca en este mundo:

«¡Alma de mi alma, yo te debo mi salvación!».

El espíritu de ella, entonces, brilla en todo su esplendor, con un rayo de luz inextinguible, que no es otro que el de la gloria; y desde allá, alumbraba la solitaria lámpara que en la tierra quedó guardando sus despojos, ¡juntos con los del que tanto la amara!

RODOLFO DIAZ OLAZÁBAL.



COSAS DE CONVENTILLO

Chá, digo, que sos odiosa. Hace diez días lo menos, que te ando dragoneando y vos, lo mismo que el fierro. ¡Pero dejá la batea y atendéme!

—Ya te atiendo.

—¡Por qué no saliste anoche?

—No pude.

—¡Que mentis feo! Te la querés dar de viva, pero es al pepe, Remedios. Yo te conosco las vueltas, vos sós como el chanco rengo mansita para unas cosas y en otras eres lo mismo que zorro. ¿Por qué no saliste anoche, desí?

—Por miedo

a que maliciara él.

—Chá digo, ya estás mintiendo!

—Pero vé, hijo, soy casada,

y vos sabés que no puedo hacer lo que me pedís, porque estaría muy feo que yo a mi pobre marido le pusiera... en mal conceto, cuando le di mi palabra el día del casamiento, de no haser más lo que hasia cuando era soltera.

—Veo

que la dás de cumplidora. Pero dejémonos de eso, y ascuchame dos palabras... Así no, porque es secreto. —Vamos, desimelas pronto, no te andés con arrodeos que yo de nada me asusto por más de que sea fiero. —Pues ascucha...

—Si? ¿De veras?

¡Limpiáte que estás de güevo! —No puede ser, si he comido tan sólo el pobre puchero. —Te has creído que soy sonsa y soy viva.

—Ya lo veo,

y más hermosa que el sol, y más linda que un lusero... A ver, ché, si te estás quieta.

—¡Tomá!

—¡No mojés por eso!

—Es que quiero refrescarte.

—No necesito refresco.

Oi, ché. ¿Sabés qué cosa me calmaba?

—Desi.

—¡Un beso!...

...y me están dando intensiones...

Guarda, ché, que el traje es nuevo

y me lo has mojado del too.

—¿De veras?

—Si.

—¡Pues me alegro!

—Pero ché, no te pasés

que me ha costado los pesos.

—No grités tan fuerte ché,

no sea que se entere de esto

algún vecino, y se crea

que es verdad, lo que no es sierto;

porque en estos conventillos

no falta quien meta cuentos,

y no me quiero exponer

a que mi marido luego

se creiba que soy igual

a esa que cose pa adentro

y después sale pa fuera

yo no sé a qué, pero creo

que la que sale a deshoras

no sale pa nada güeno.

—¡Chá, digo! Si hubiese alguien

que fuera a contarle esto

a tu marido, por estas

que le iba a poner overo!

—¡Vos no sabés bien qué pilchas

viven aquí!

—Maliceo,

¡Pura chusma!

—Y habladoras!...

Y los hombres todos...

—Menos

mi esposo, que a él

le di yo en el casamiento

palabra de ser desente,

y cumplo, ché.

—Ya lo veo.

—¡Pues creerás que me cretican

y creén se la doy con queso!

Todo porque ven que vos

venís a contarme cuentos

cuando no está aquí mi hombre.

Calunias sin fundamento.

¿Me meto yo en que la Tana se vaya con el sillero a comer al ristorante, y a pasear a Palermo, mientras el pobre marido se va de noche a ese empleo de revisar las cloacas de la parroquia San Telmo?

—Es ñato?

—No, narigón!

—Chá, digo, le compadesco.

—¡Me meto en que Misia Claudia

cuando vuelve de paseo



EDISON

INVENTO EL
FONÓGRAFO

Y

F. R. GUPPY Y CIA.

FLORIDA 336

INVENTARON

EL MODO DE VENDER

Fonógrafos y Grafófonos

A PRECIOS

SIN COMPETENCIA

Visiten la casa

FRANCISCO SEMPÉ

Esmerado Servicio
Banquetes y Soirées
(PRIMICIAS)
Bodega Superior
CASA DE PRIMER ORDEN
Establecida en 1860

Queréis la Salud??



TOS
POR FUERTE QUE SEA, SE CURA CON LAS
PASTILLAS DEL DR. ANDREU
Remedio pronto y seguro. En las boticas

Queréis digerir bien??

APARATOS Y ÚTILES
PARA LA FOTOGRAFIA

Enrique Lepage y Cía.

CALLE BOLIVAR, 375
BUENOS AIRES

Gratis

Gran catálogo de 112 páginas ilustrado con 275 grabados.

VINO
Bordeaux-Quinquina

Gran Tónico reconstituyente
de
DELOR Frères - Burdeos

SALUD
FUERZA
APETITO
TONICIDAD

Cordial exquisito para personas débiles, recomendado en Francia por los mejores facultativos. Tomarlo antes o después de comer.

Unicos Agentes
FELIX SOULIÉ & Cía.
BUENOS AIRES

CASILLA 417 | Teléf. Coop. 1496
En todas Confiterías y Cafés

diga que ha dejado sus hijas
 pa velar á algún enfermo?
 ¿Me meto yo en que los chicos
 se haigan puesto toos de acuerdo,
 y á la puerta de mi piesa
 vengan á haser algo feo?
 Yo, mi hijo, soy tan callada
 que en nada de eso me meto.
 —¿Se te acabó ya el jabón?
 —No, ché, que entuavía tengo,
 pa lavar muchas camisas.
 —Pues no lavés más Remedios,
 que pa lavar tantas cosas
 como me has estao disiendo,
 no hay jabón en Buenos Aires,
 creéme, ché.
 —Si te creo...

JULIO CASTELLANOS.



¡CUIDADO, SEÑORA!

Vd. empieza á engrosar, y engrosar es envejecer. Tome pues, todas las mañanas en ayunas dos grajeas de **THYROIDINA BOUTY** y su talle se conservará esbelto ó volverá á serlo. — El frasco de 50 grajeas 101. PARIS, Laboratorio, 1, Rue de Châteaudun. MEDICAMENTO CIERTO E INOFENSIVO EN ABSOLUTO. — Téngase cuidado de exigir: **Thyroidina Bouty** — Buenos-Aires: C. PERREL, Calle Cuyo, 645-647.

Avisos varios

DR. JUSTO CARLE — Enfermedades de la piel y vías urinarias. — Cerrito, 38, de 1 á 3.

DR. FRANCISCO COBOS — Director por concurso del Hospital San Roque. — Consultorio: Maipú, 276, de 1 á 4.

DR. EDUARDO OBEJERO — Enfermedades de ojos, nariz, garganta y oídos — Suipacha, 574, de 1 á 4.

DR. N. ODAHL, Dentista — Operaciones sin dolor por medio de cocaína, clorétilo, etc., etc. Piedad, 588, esquina á Florida.

DR. J. COSTAU — Abogado — Avenida de Mayo, 715, de 2 á 4.

DR. JENARO OSORIO — Moreno, 792, de 1 á 4.

B. MITRE Y VEDIA — Traductor público y comisionista. — S. Martín, 491. Unión Telefónica núm. 197.

SPORT

HIPÓDROMO NACIONAL

REUNIÓN DEL 22 DE ENERO

Resumen:
Premio «Galette», 1600 metros — 1º Galette, 2º Watherwich, 3º Tucapel.
Sport: \$ 4.75, á placé 2.75; Watherwich 2.85.
Premio «Tapera», 1200 metros — 1º Bellena, 2º Punilla 3º Cañonera.
Sport: \$ 8.65, á placé 3.75; Punilla 10.90; Cañonera 5.70.
Premio «Remate», 1600 metros — 1º Flambeau, 2º Calchiner, 3º Mirto.
Sport: \$ 30.40, á placé 7.45; Calchiner 5; Mirto 4.25.
Premio «Abrojo», 1600 metros — 1º Redoutable, 2º Watherwich, 3º Extra.
Sport: \$ 12.50, á placé 6.20; Watherwich 3.35.
Premio «Rossignol», 1200 metros — 1º Emir, 2º Eclairé, 3º Saint Brise, 4º Chingolo.
Sport: \$ 8.80, á placé 2.70; Saint Brise 3.65; Chingolo 2.95.
Premio «Libertador», 1600 metros — 1º Zárate, 2º Reducción, 3º Sentinel.
Sport: \$ 3.90, á placé 2.55; Reducción 3.30; Sentinel 3.20.
Premio «Dante», 1900 metros — 1º Reyzeulo, 2º Galette, 3º Abrojo.
Sport: \$ 9.05, á placé 4; Galette 4.35; Abrojo 9.70.

REUNIÓN DEL 29 DE ENERO

Los resultados generales fueron los siguientes:
Premio «Centella», 1600 metros — 1º Centella, 2º Watherwich, 3º Flambeau.
Sport: \$ 8.40.
Premio «Bambola», 1200 metros — 1º Vesper, 2º Yapeyú, 3º Porthos.
Premio «Remate», 1600 metros — 1º Whipper-In II, 2º Caseros, 3º Mirto.
Sport: \$ 12.55, á placé 4.70; Caseros 5.55.
Premio «Espingarda», 1600 metros — 1º Bal Masqué, 2º Criollito, 3º Extra.
Sport: \$ 8.95, á placé 5.55; Criollito 5.05.
Premio «Marea», 1200 metros — 1º Aboukir y Nihuil, 3º Espingarda.
Sport: de Aboukir \$ 5.40 y 3.45; de Nihuil 3.75 y 2.75; de Espingarda 2.95.
Premio «Zárate», 1600 metros — 1º Ligera, 2º Vesper, 3º Evangelina.
Sport: \$ 4.25, á placé 3.15; Vesper 4.10.
Premio «Rob Roy», 1900 metros — 1º Galette, 2º Doblete, 3º Criollito.

REUNIÓN DEL 2 DE FEBRERO

He aquí el resultado de las carreras que se verificaron en el Hipódromo de Belgrano:
Premio «Trinidad», 1100 metros — 1º Porthos, 2º Querandí, 3º Paz.
Sport: \$ 19, á placé 7.10; Querandí 5.65.
Premio «Ligera», 1600 metros — 1º Eclairé, 2º Victoriosa, 3º Julia.
Sport: \$ 6.70, á placé 3.90; Victoriosa 6.60.
Premio «Saint Brise», 1600 metros — 1º Hidalga, 2º Bal Masqué, 3º Ligera.
Sport: \$ 8.50, á placé 4.40; Bal Masqué 3.95.
Premio «Bal Masqué», 1200 metros — 1º Nihuil, 2º Yapeyú, 3º Aboukir.
Sport: \$ 8.65, á placé 4.60; Yapeyú 8.95.
Premio «Doblete», 1900 metros — 1º Mirto, 2º Chicharrón, 3º Guttenberg.
Sport: \$ 15.55, á placé 6.35; Chicharrón 3.75.

REUNIÓN DEL 5 DE FEBRERO

Premio «Galette» 00 metros — 1º Juncal, 2º Reducción, 3º Tutora.
Sport: \$ 5.70, á placé 3.45; Reducción 3.30.
Premio «Remate», 1600 metros — 1º Marea, 2º Rayon d'Or, 3º Flambeau.
Sport: \$ 5.90, á placé 3.80; Rayon d'Or 5.20.
Premio «Bellena», 1300 metros — 1º Quiniela, 2º Plátano, 3º Torpedo.
Sport: \$ 14.70, á placé 4.65; Plátano 8.56; Torpedo 4.60.
Premio «Redoutable», 1600 metros — 1º Redoutable, 2º Nobleza, 3º Espingarda.
Sport: \$ 8.15, á placé 4; Nobleza 3.20.
Premio «Emir», 1300 metros — 1º Emir y Frontín, 3º Saint Brise.
Sport: de Emir \$ 4.15, á placé 3.95 de Frontín 3.30, á placé 3.50.
Premio «Flambeau», 1600 metros — 1º Senegal, 2º Radamés.
Sport: \$ 6.60.
Premio «Reyzuelo», 1900 metros — 1º Chicharrón, 2º Bal Masqué, 3º Mirto.
Sport: \$ 5.40, á placé 3.80; Bal Masqué 7.80.

FOR EVER.



Castilla Correo 417

ANTES DE COMER
Tómese el delicioso

APERITAL

LICOR
TÓNICO
HIGIENICO
Y APERITIVO

CUIDADO con las FALSIFICACIONES y los PRODUCTOS que llevan nombres parecidos á la palabra APERITAL.

Exijir siempre la última fecha del EMBOTELLAMIENTO sobre el vidrio de la botella, los corchos, las etiquetas el cajón etc., y á mas el nombre A. DELOR & Cia. de Burdeos.

ÚNICOS IMPORTADORES
FELIX SOULIÉ y C^{ia}

CALLE TUCUMAN 833 - BUENOS AIRES

EXPOSICIÓN AMERICANA

EL MEJOR SURTIDO DE COCINAS

EN SUD-AMÉRICA



Baterías de Cocina
de
FIERRO AGATE

HELADERAS ECONÓMICAS

. SORBETERAS PERFECCIONADAS

CASSELLS & C^{ia} - 220 - CALLE FLORIDA - 220

SAPOLIO

Está expresamente fabricado
para limpiar objetos de cocina,
metales y madera pintada.

ÚNICOS IMPORTADORES
JORGE BELL é Hijos
649 - CALLE DEFENSA - 651
BUENOS AIRES



A LA CIUDAD DE LONDRES

TIENDA LA MAS VASTA Y MEJOR SURTIDA DE BUENOS AIRES — AVENIDA DE MAYO — CALLE PERÚ — CALLE VICTORIA
Primera casa en Buenos Aires habiendo establecido el sistema de vender todo de CONFIANZA y á PRECIO FIJO, lo que le ha valido un éxito sin igual hasta hoy

CARNAVAL

TRAJES DE DISFRAZ (ALTA FANTASÍA), DOMINÓS, BAILARINAS, PAYASOS, MONOS, CLOWNS, DIABLOS Y PIERROTS

Tejidos de Seda, de Lana, y de Algodón con dibujos excéntricos especiales para trajes de disfraz. — Abanicos, Pantallas, Flores, Flecos y Galones, Medias, Maillots, Guantes, Sombreros, Novedades en General

DESAFIANDO TODA CLASE DE COMPETENCIA

SERPENTINAS, Confettis, Globitos, Pomos, Juguetes especiales para Carnaval La única casa en Buenos Aires que ha recibido un inmenso surtido en artículos para Carnaval es la tienda

A LA CIUDAD DE LONDRES - AVENIDA DE MAYO, CALLE PERÚ, CALLE VICTORIA

Agua natural mineral VICTORIA



De las fuentes de

OBERLAHNSTEIN

Cerca de EMS

La única agua mineral natural sin hierro que se puede mezclar con vino y licores espirituosos.

ÚNICOS Introdutores

ARNING BRAUSS & IA.

RECONQUISTA, 80 (ALTOS)

C. DELVOYE

Grande Maison de Blanc

AJUARES PARA NIÑOS TROUSSEAUX Y LAYETTES

ESPECIALIDAD EN AJUARES PARA CASAMIENTOS

CASA DE COMPRAS EN PARIS, GINEBRA Y ZURZACH

Venta por mayor y menor

PIEDAD ESQUINA ESMERALDA

BUENOS AIRES

NAVEGACIÓN Á VAPOR

NICOLÁS MIHANOVICH

VAPORES Y LANCHAS PARA TODOS LOS PUERTOS DE LA REPÚBLICA

Lujosos Vapores Postales y de Pasajeros para la navegación de los ríos Paraná, Alto Paraná, Paraguay, Uruguay y Río de la Plata

VAPORES ESPECIALES PARA CARGA SOLAMENTE
REMOLCADORES PODEROSOS

para Remolque de Buques de Ultramar y Cabotaje para cualquier punto de los ríos y costas
Servicio especial de Remolcadores para los puertos de la Capital y La Plata
Materiales de Salvamento, Chatas para el transporte de hacienda en pie, Importación de Carbón Cardiff, Exportación de Maderas del País

Administración: CALLE 25 DE MAYO esquina CANGALLO-Buenos Aires

SUCURSALES

Dársena Sud • Boca del Riachuelo • Puerto "La Plata" y Rosario de Santa-Fé

REAL HOLLANDS
LA REINA DE LAS GINEBRAS

UNICOS IMPORTADORES
W. PAATS ROCHE & C^{IA} BAIRE

TIENDA SAN MIGUEL

FUNDADA EN 1857

ELIAS ROMERO & C^{IA}

EXPOSICIÓN PERMANENTE DE ALFOMBRAS



Casa importadora de toda clase de alfombras y artículos generales de última novedad para tienda y tapicería. Novedades y surtidos por todos los correos de Ultramar.

902

CALLE PIEDAD

936

Buenos Aires

JABON DE REUTER PARA EL CUTIS



DELICADEZA Y RIQUEZA DE PERFUME

son las cualidades más características del Jabón de Reuter, que en este particular deja á gran distancia á todos los otros jabones de tocador.

Una vez que se pruebe nadie querrá carecer de él

TE AGUILA

**Schelp
& Schelp**

375-Balcarce-377

BUENOS AIRES



BANCO ESPAÑOL DEL RIO DE LA PLATA

RECONQUISTA, 180

ENTRE PIEDAD Y CANGALLO

CAPITAL REALIZADO: Pesos 6.000.000 m/n
FONDO DE RESERVA Y PREVISION: \$ 1.188.690,92 m/n

SE ABONA	M. l.	Oro
	%	%
Depósitos en cuenta corriente.....	1	sin int.
a 30 días.....	3	1
a 60 días.....	4	2
a 90 días.....	5	3
a mayor plazo.....	conv'al	conv'al
SE COBRA		
Por anticipaciones en cuenta corriente.....	10	10
Descuentos de letras y pagarés.....	conv'al	conv'al

Se ocupa de toda clase de operaciones bancarias

HORAS DE DESPACHO

De 10 a. m. a 3 p. m. los días ordinarios y de 10 a. m. a 4 p. m. los sábados y fines de mes.

Buenos Aires Abril 1.º de 1898.

AUGUSTO J. COELHO.

Gerente.



BANCO DE LONDRES Y RÍO DE LA PLATA

Sucursales en Londres, París (16, rue Halevy, Buenos Aires, Montevideo, Rosario de Santa Fé, Paysandú, Mendoza, Río de Janeiro, Pernambuco, Pará. — Avenida Montes de Oca, 932, Barracas al Norte

Operaciones, descuentos, transferencias telegráficas, letras de cambio, remesas, compra y venta de cédulas y otros títulos, depósitos en oro sellado, depósitos en moneda legal, depósitos en títulos, remesas de interés para Europa y cobranzas.

SE ABONA:
Depósito en c/corriente y a la vista..... 1 % m/l.
Id. id. con un mes de aviso con la condición que si el depósito fuese retirado antes de dos meses no ganará interés..... 2 %
Id. por tres meses fijos..... 4 %
Id. por 6 meses fijos..... 5 %
Id. por 12 meses fijos..... Convenc.

ORO SELLADO:
Cuentas corrientes..... sin int.
Id. con un mes de aviso con la condición que si el depósito fuese retirado antes de 2 meses no ganará interés..... 1 %
Id. con tres meses fijos..... 2 %
Id. por 6 meses fijos..... 3 %

SE COBRA:
Por adelantos en cuenta corriente, 9 % m/l y 9 % oro.

Buenos Aires, Junio 16 de 1896.



R. A. THURBURN, Gerente.

Banco de Londres y Brazil Ltd.

402, CALLE PIEDAD, 402
BUENOS AIRES

ABONA:

m. n.	oro
En cuenta corriente hasta 100.000 \$ 1 % sin int.	
En dep. 7 días aviso 2 .. 1 %	
30 .. 3 .. 1 %	
60 .. 4 .. 2 %	
90 .. 5 .. 3 %	
3 meses fijo 4 1/2, 2 ..	
6 y más.... 5 1/2, 3 ..	
y arriba convencional.	

COBRA:

Por anticipaciones en cuenta corriente en oro y papel 10 %.
Se atiende todas las operaciones del banco.

A. F. ENNOR,
Gerente.

Ba. Aires, Febrero 3 de 1897.



BANCO BRITÁNICO DE LA América del Sur Ltd.

CASA CENTRAL
RECONQUISTA Esq. PIEDAD
SUCURSAL ONCE SEPTIEMBRE
2828, RIVADAVIA, 2828

ABONA (hasta nuevo aviso)

Mon. n.l.	Oro
Depósitos en cuenta corriente..... 1 % Sin interés	
En caja de ahorros..... 5 % 3	
Con 60 días de aviso..... 4 % 2	
30 .. 3 .. 1	
Depósitos a plazo fijo de tres meses..... 4 1/2 % 2	
Depósitos a retirar con noventa días de aviso..... 5 % 3	
Depósitos a plazo fijo de 6 meses..... 5 1/2 % 3	
Otros plazos, Convencional.	

COBRA

Por anticipos en cuenta corriente..... 10 % 9 %
Descuento de pagarés..... Convencional.

F. M. HERIOT,
GERENTE.

Octubre 1.º, 1898.

LA BUENOS AIRES

COMPAÑÍA DE SEGUROS

Seguros contra incendios, Seguros Marítimos y Fluviales

Capital social..... \$ 3.000.000
Capital efectivo..... 750.000
Reserva..... 250.000

DIRECCIÓN GENERAL: 25 DE MAYO, 31 Y 33, BUENOS AIRES
Sinistros pagados hasta el 31 de Diciembre de 1895

ORO
\$ 214,575.45

MONEDA NACIONAL
\$ 671,429.47

TOMAS BOHIGAS,
Director Gerente.

LA VELOCE

Navegación italiana. Servicio postal rapidísimo entre Italia y la América del Sud
Vapores de gran lujo iluminados a luz eléctrica

FLOTA DE LA COMPAÑÍA

Nord-América, Savoia, Duca de Galliera, Victoria Matteo Bruzzo, Duchessa di Genova, Centro-América, Venezuela, Città di Milano, Città di Torino, Montevideo, Città di Genova, Rio Janeiro, Las Palmas, Rosario

AGENTES:

P. CHRISTOPHERSEN

BUENOS AIRES: CUYO, 249 — LA PLATA, ENSENADA: CALLE GRAN DOCK

CHRISTOPHERSEN HNOS.

MONTVIDEO: PIEDAS. 142 — ROSARIO: SAN LORENZO, 169

CHODOWIECK Y Cía.

VALPARAISO: BLANCO, 462

LA HISPANO-ARGENTINA

LA FRANCO-PLATENSE

COMPAÑÍAS DE SEGUROS

Capital social: \$ 3.000.000

Agencias en todas las ciudades y pueblos de la República Argentina

Calle PIEDAD 588

BUENOS AIRES

TELÉFONOS:

Cooperativa 8004
Unión Telefónica 1589

CASILLA DE CORREO, 1634

GERENTE: A. R. CARTAVIO.

BANCO DE ITALIA Y RIO DE LA PLATA

FUNDADO EN 1872

Buenos Aires: Piedad, 448 - Rosario de Santa Fe: San Martín y Rioja
La Plata: Calle 7 y 48

Capital Autorizado..... \$ 8.000.000
Capital Integrado..... 5.000.000
Fondo de Reserva..... 370.800

SE ABONA

En moneda legal

Por depósitos en cuenta corriente.....	1 % anual
a 30 días fijos.....	2 %
60 .. 4 %	
90 .. 5 %	
En mayor plazo	convencional

En oro sellado

Por depósitos en cuenta corriente.....	sin interés
a 30 días fijos hasta diez mil pesos oro.....	1 % anual
60 .. 2 %	
90 .. 3 %	
A mayor plazo y por mayor suma.....	convencional

SE COBRA

Por adelantos en cuenta corriente..... 10 %
Id. descuentos de letras y pagarés..... convencional
Se dan cartas de crédito o giros sobre todas las ciudades principales de Italia, Austria, Alemania, Inglaterra, Bélgica, Francia, Suiza, España, etc., como también órdenes de pago sobre todos los pueblos de Italia que tienen oficinas postales.
El Banco manda efectuar pagos en Europa por medio de telegramas y trata en general todas las operaciones bancarias.
Para más informes, dirigirse a la Gerencia del Establecimiento.

Buenos Aires, 1.º de Enero de 1898.

ONORIO STOPPANI.

Fotografía Artística

RAMIREZ HNOS.

CALLE CUYO, 1071.....

..... ENTRE ARTES Y CERRITO

Habiendo recibido de Europa máquinas especiales para retratos de niños y grupos instantáneos, tenemos el gusto de avisar a nuestra numerosa clientela, que aproximándose el año nuevo y estando el oro en baja, podemos hacer grandes rebajas en los precios y regalar por cada docena de fotografías finas desde album en adelante un lindo retrato grande al bromuro.

Se encarga la casa de retratos al óleo, lápiz, acuarela, etc., etc. y se hacen fotografías a domicilio, estancias, animales, etc., etc.